De los recuerdos de nuestra infancia emerge siempre la clara figura de una maestra o de un maestro, con quien tenemos pendiente una deuda de gratitud. Suele ocurrir que tardamos mucho en darnos cuenta de su influencia benefactora, y para entonces aquellas personas que sirvieron de puente entre la familia y la sociedad, que suavizaron el desamparo de los primeros días de escuela y nos llevaron de la mano por los laberintos del abecedario y la cultura habrán desaparecido ya de nuestras vidas. Un homenaje al maestro puede servir para pagar esta deuda de gratitud.

A partir del convencimiento de la decisiva importancia de la labor que nuestros docentes desarrollan y de la necesidad de que ésta sea reconocida, valorada y apoyada por el conjunto de la sociedad, la FAD instituyó en 2004 el *Homenaje al Maestro* que, desde entonces, viene celebrándose anualmente con un conjunto de actos públicos.

En 2005, conjuntamente con la Comisión Española de Cooperación con la UNESCO y BBVA, la FAD decidió convocar el *Premio a la Acción Magistral* con el fin de reconocer, difundir y dar a conocer a la sociedad los proyectos y experiencias educativas que se desarrollan en centros escolares españoles.

FUNDACIÓN DE AYUDA
CONTRA LA DROGADICCIÓN

HOMENAJE AL MAESTRO

La escuela en el corazón

HOMENAJE AL MAESTRO

La escuela en el corazón

FUNDACIÓN DE AYUDA
CONTRA LA DROGADICCIÓN

© FAD, 2008

Edita
Fundación de Ayuda contra la Drogadicción
Avda. de Burgos, 1 y 3
28036 Madrid
Teléfono: 91 383 80 00

Textos
La FAD agradece su colaboración a las diferentes personas e instituciones que han contribuido con sus escritos a este homenaje a todos los maestros: José Antonio Marina, Manuel Ortega, Nicolás Fernández Guisado (ANPE), José Campos Trujillo (FECCOO), Eliseo Moreno (CSI-CSIF), Carlos López Cortiñas (FETE-UGT), Francisco Vírseda García (FSIE), Augusto Serrano Olmedo (STES), Antonio Amate Cruz (USO), Pedro Rascón Macías (CEAPA), Roberto Caramazana Araujo (CONCAPA) y Fundación Pere Tarrés.

Diseño y maquetación
Quadro
Plaza de Clarín, 7 – 28523 Rivas Vaciamadrid

Imprime
Ancares Gestión Gráfica, S.L.
Ciudad de Frías, 12 - Nave 21 – 28021 Madrid

ISBN
978-84-92454-01-3

Depósito legal
M-50438-2008

ÍNDICE

Manifiesto de Homenaje al Maestro, por José Antonio Marina 5

La escuela en el corazón de la sociedad 7

La escuela en el corazón de la sociedad 9

Los maestros 12

La aventura de crecer 14

La sociedad y sus maestros 15

La escuela en el recuerdo 17

La escuela desde dentro 33

LA VISIÓN DE LOS DOCENTES

Nicolás Fernández Guisado. Presidente Nacional de ANPE 35

José Campos Trujillo. Secretario General FECCOO y miembro del Comité Mundial de Educación 37

Eliseo Moreno. Presidente Sector Nacional Enseñanza CSI-CSIF 39

Carlos López Cortiñas. Secretario General de FETE-UGT 41

Francisco Vírseda García. Secretario General FSIE 44

Augusto Serrano Olmedo. Secretariado de STES-intersindical 46

Antonio Amate Cruz. Secretario General de la Federación de Enseñanza de USO 48

LA VISIÓN DE LOS PADRES

Pedro Rascón Macías. Presidente de la Confederación Española de Asociaciones de Padres y Madres de Alumnos (CEAPA) 51

Roberto Caramazana Araujo. Secretario General de la Confederación Católica Nacional de Padres de Familia y Padres de Alumnos (CONCAPA) . . 53

La FAD y el Homenaje al Maestro 57

Premio a la Acción Magistral 65

MANIFIESTO DE HOMENAJE AL MAESTRO

De los recuerdos de nuestra infancia emerge siempre la clara figura de una maestra o de un maestro, con quien tenemos pendiente una deuda de gratitud. Suele ocurrir que tardamos mucho en darnos cuenta de su influencia benefactora, y para entonces aquellas personas que sirvieron de puente entre la familia y la sociedad, que suavizaron el desamparo de los primeros días de escuela y nos llevaron de la mano por los laberintos del abecedario y la cultura habrán desaparecido ya de nuestras vidas. Un homenaje al maestro puede servir para pagar esta deuda de gratitud. Es por ello un acto de justicia poética.

Pero también es un acto de justicia real, porque tiene que servir para llamar la atención de la sociedad hacia una profesión que, por esa inversión de prestigios que desdichadamente sufrimos, pasa inadvertida o menospreciada. Otras admiraciones más espectaculares nos hacen ser mezquinos al valorar a las personas que nos enseñaron las primeras letras, que nos obligaron, con una conmovedora paciencia, a dominar nuestra atención, tan propensa a irse por las nubes, para fijarla en el encerado o el cuaderno. Para el niño, ellos son los máximos representantes de la cultura, y, para todos, los grandes funcionarios de la Humanidad. Supieron hacernos pasar de un mundo de afectos privados a un mundo de afectos sociales, y nos convirtieron en pequeños ciudadanos, al enseñarnos las normas compartidas.

El maestro necesita autoridad para poder ejercer bien su cometido, y esa autoridad sólo puede recibirla de un generoso y constante apoyo social. Un homenaje al maestro se convierte así en una eficaz colaboración pedagógica. Y también en una demostración de inteligencia ciudadana. La sabiduría de una

sociedad, su estatura ética, se demuestra en los modos de conferir prestigios o distinciones. Cuando esos reconocimientos se dan a quienes no los merecen, o dejan de darse a quien los merecía, se produce una corrupción social, un empequeñecimiento que a todos nos empequeñece. Al homenajear al maestro estamos ennobleciendo el espacio de nuestra convivencia.

A los adultos nos invade muchas veces el desaliento ante el futuro, un cierto cansancio de lo porvenir. Entonces deberíamos recordar la figura del maestro, que es el profesional de la esperanza, el incansable, humilde y magnífico cuidador del futuro. Con la misma tenacidad con que el árbol florece en primavera, él volverá a enseñar que dos por dos son cuatro. Nos convendría a todos regresar por un momento a ese ámbito animoso y cordial. Este homenaje puede servir también para reavivar nuestra esperanza.

Por todas estas razones, de justicia, de sabiduría, de propio interés, invitamos a niños y a adultos, a padres e hijos, a participar en un homenaje nacional e intergeneracional al maestro.

José Antonio Marina

La escuela en el corazón de la sociedad

José Antonio Marina

La escuela en el corazón de la sociedad

La vida depende del corazón, pero el corazón está oculto. Algo así sucede con la escuela. Su presencia en la ciudad es humilde. Ninguna de las torres que se ven desde la lejanía le pertenecen. Castillos, iglesias, palacios, tienen una presencia más airosa, más visible. Sin embargo, la escuela es el motor escondido de la vida social, el lugar donde la tradición se convierte en libertad, dejando de lado todo fanatismo, toda ignorancia, toda violencia. Es la gran libertadora. En ella, los maestros ejercen su mágico oficio de cuidadores del futuro.

La escuela es, además, el ámbito protegido para la infancia. Tengo en mi despacho un cartel editado por ENTRECULTURAS en el que se ve a un niño de tez oscura, no sé muy bien si mejicano o indio, que transporta unos ladrillos. Bajo la imagen se puede leer: "Ojalá pudiera volver a la escuela". Es conmovedor visitar las escuelas en países en desarrollo, albergadas en cualquier rincón, bajo unas palmas, o al aire libre. Acabo de ver una película maravillosa titulada *El día que Buda explotó de vergüenza,* que es la historia de una niña afgana que quiere conseguir un cuaderno para ir a la escuela. Ese cuaderno se convierte en símbolo de libertad y de dignidad.

Con frecuencia carecemos de talento poético para percibir las maravillas cotidianas, ocultas por la rutina. Juan de Mairena, un conmovedor maestro inventado por Antonio Machado, otro conmovedor maestro, dialoga con un alumno de la clase de Retórica y Poética:

> *—Señor Pérez, salga usted a la pizarra y escriba: "Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rua".*
>
> *El alumno escribe lo que se dicta.*
>
> *—Vaya usted poniendo eso en lenguaje poético.*
>
> *El alumno, después de meditar, escribe: "Lo que pasa en la calle".*
>
> *Mairena: No está mal.*

Este libro pretende ser un homenaje poético a "lo que pasa en la escuela". Antes que un lugar para adquirir conocimientos, la escuela es una breve selva emocional.

Risas, juegos, amistades, rivalidades, miedos, éxitos, fracasos, aburrimiento. Es un mundo en miniatura. Todo se concentra en esas cuatro paredes. Es difícil encerrar en una habitación a organismos deseosos de jugar, es difícil llevar por los rígidos ferrocarriles de las líneas o los saltos reglados de las multiplicaciones, a almas volanderas e inquietas:

Una tarde parda y fría
De invierno. Los colegiales
Estudian. Monotonía
De lluvia tras los cristales.
Es la clase. En un cartel
Se representa a Caín
Fugitivo, muerto Abel.
Junto a una mancha carmín.
Con timbre sonoro y hueco
Truena el maestro, un anciano
Mal vestido, enjuto y seco,
Que lleva un libro en la mano.
Y todo un coro infantil
Va cantando la lección:
"mil veces ciento, cien mil;
mil veces mil, un millón".
Una tarde parda y fría
De invierno. Los colegiales
Estudian. Monotonía
De la lluvia en los cristales.

Así recordaba una clase don Antonio Machado que, sin embargo, describía los cánticos de los niños junto a la fuente.

Jugando, a la sombra
De una plaza vieja,
Los niños cantaban...
La fuente de piedra
Vertía su eterno
Cristal de leyenda.
Cantaban los niños
Canciones ingenuas,
un algo que pasa
Y que nunca llega:
La historia confusa
Y clara la pena.
Seguía su cuento
La fuente serena;
Borrada la historia,
Contada la pena.

Rafael Alberti también recuerda sus días en la escuela:

Por jazmines caídos recientes y corolas
De dondiegos de noche vencidas por el día,
Me escapo esta mañana inaugural de octubre
Hacia los lejanísimos años de mi colegio.
¿Quién eres tú, pequeña sombra que proyectas
el contorno de un niño casi a la madrugada? (...)
Las horas prisioneras en un duro pupitre
Lo amarran como un pobre remero castigado
Que entre las paralelas rejas de los renglones
Mira su barca y llora por asirse del aire.
Esas cosas me trajo la mañana de octubre,
Entre rojos dondiegos de corolas vencidas
Y jazmines caídos.

Los maestros

Hace unos años, quise hacer una *Sociología del recuerdo,* una cartografía de la memoria, para lo cual pregunté a los ancianos de más de veinte pueblos de la Sierra de Madrid sobre sus recuerdos más antiguos. Me sorprendió la desmemoria acerca de personajes políticos, y la imagen precisa que guardaban de su primera maestra o maestro. Era conmovedor oírlos contar sus historias infantiles. La emoción de que el maestro les pusiera a escribir en su mesa, las penurias de la escuela, cuando tenían que llevar cada uno un tronco de leña para encender la estufa. Muchos escritores nos han hablado de sus maestros. Sólo vamos a mencionar a dos: García Márquez y Manuel Rivas.

> *«El consuelo fue que en Cataca habían abierto por esos años la escuela montessoriana, cuyas maestras estimulaban los cinco sentidos mediante ejercicios prácticos y enseñaban a cantar. Con el talento y la belleza de la directora Rosa Elena Fergusson estudiar era algo tan maravilloso como jugar a estar vivos. Aprendí a apreciar el olfato, cuyo poder de evocaciones nostálgicas es arrasador. El paladar, que afiné hasta el punto de que he probado bebidas que saben a ventanas, panes viejos que saben a baúl, infusiones que saben a misa.*
>
> *No creo que haya mejor método en el mundo para sensibilizar a los niños en las bellezas del mundo y para despertarles la curiosidad por los secretos de la vida. Se le ha reprochado que fomenta el sentido de la independencia y el individualismo —y tal vez fuera cierto en mi caso—. En cambio, nunca aprendí a dividir o a sacar raíz cuadrada, ni a manejar ideas abstractas (...).*
>
> *Me costó mucho aprender a leer. No me parecía lógico que la letra m se llamara eme, y sin embargo con la vocal siguiente no se dijera emea sino ma. Me era imposible leer así. Por fin, cuando llegué al Montessori la maestra no me enseñó los nombres sino los sonidos de las consonantes.*
>
> *Así pude leer el primer libro que encontré en un arcón polvoriento del depósito de la casa. Estaba descosido e incompleto, pero me absorbió de un modo tan intenso que el novio de Sara soltó al pasar una premonición aterradora: "¡Carajo! Este niño va a ser escritor".*
>
> *Dicho por él, que vivía de escribir, me causó una gran impresión. Pasaron varios años antes de saber que el libro era* Las mil y una noches*.»*
>
> Gabriel García Márquez

«Yo quería mucho a aquel maestro. Al principio mis padres no podían creerlo. Quiero decir que no podían entender cómo yo quería a mi maestro. Cuando era un pequeñajo, la escuela era una amenaza terrible.

Una palabra que se blandía en el aire como una vara de mimbre:

—¡Ya verás cuando vayas a la escuela!

Mi padre contaba como un tormento, como si le arrancaran las amígdalas con la mano, la forma en que el maestro les arrancaba la jeada del habla, para que no dijesen "ajua, ni jato, ni jracias".

No, el maestro Don Gregorio no pegaba. Al contrario, casi siempre sonreía con su cara de sapo. Cuando dos se pegaban durante el recreo, él los llamaba "parecéis carneros", y hacía que se estrecharan la mano. Después les sentaba en el mismo pupitre. Así fue como conocí a mi mejor amigo (...).

Porque todo lo que él tocaba era un cuento fascinante. El cuento podía comenzar con una hoja de papel, después de pasar por el Amazonas y la sístole y diástole del corazón. Todo conectaba, todo tenía sentido. Cuando el maestro se dirigía hacia el mapamundi, nos quedábamos atentos como si se iluminase la pantalla del cine Rex. Sentíamos el miedo de los indios cuando escucharon por vez primera el relinchar de los caballos y el estampido del arcabuz. Íbamos a lomos de los elefantes de Aníbal de Cartago por las nieves de los Alpes, camino de Roma.

Luchábamos con palos y piedras en Ponte Sampaio contra las tropas de Napoleón. Pero no todo eran guerras. Fabricábamos hoces y rejas de arado en las herrerías del Inicio. Escribíamos cancioneros de amor en la Provenza y en el mar de Vigo. Construíamos el Pórtico de la Gloria. Plantábamos las patatas que habían venido de América. Y a América emigramos cuando llegó la peste de la patata.

—Las patatas vinieron de América, le dije a mi madre a la hora de comer, cuando me puso el plato delante.

—¡Qué iban a venir de América! Siempre ha habido patatas, sentenció ella.

—No, antes se comían castañas. Y también vino de América el maíz.

Era la primera vez que tenía clara la sensación de que gracias al maestro yo sabía cosas importantes de nuestro mundo que ellos, mis padres, desconocían.

Pero los momentos más fascinantes de la escuela eran cuando el maestro hablaba de los bichos. Las arañas de agua inventaron el submarino. Las hormigas cuidaban de un ganado, que daba leche y azúcar y cultivaban setas.»

Manuel Rivas

¿Qué piensan las maestras y los maestros, que ven pasar generaciones y generaciones de niños, inquietos e incesantes, iguales y diferentes, como las olas del mar? Creo que casi todos estarían de acuerdo con un delicioso y antiguo poema japonés, escrito, sin duda, por un viejo maestro:

Me preguntáis cuál es la suprema felicidad. Aquí abajo.
Escuchad la canción de una niña
Que se aleja, después de haberos preguntado el camino.

La aventura de crecer

¡Con qué hambre viene el niño al mundo! Hambre de alimento, de estímulos, de acción. Crecer es una aventura maravillosa, y ver crecer, uno de los espectáculos más deslumbradores. ¡Con qué tenacidad se empeña el niño en gatear, levantarse, parlotear, apropiarse del mundo, independizarse! Al nacer, lo que nace con él es un dinamismo imparable. En la escuela vemos su florecimiento. ¡Cuántos cambios en un curso! ¡Cuántos progresos!

Dos grandes poetas —Walt Whitman y Pablo Neruda— han cantado esta aventura de la novedad:

Érase un niño que salía cada mañana,
Y en el primer objeto que miraba, en ese objeto se convertía
Y ese objeto hacíase parte suya durante el día o cierta parte del día
O durante muchos años o vastos ciclos de años.
Las costumbres, el lenguaje, los visitantes, los muebles familiares,
El corazón anhelante y amoroso,
El afecto que no permite contradicción, el sentimiento de lo que es real, la idea de que pueda al fin no ser real.
Las dudas del día, y las dudas de la noche, el sí y el cómo extraños.
Todas estas cosas hiciéronse parte de aquel niño que salía cada
Mañana, y que ahora sale y saldrá siempre cada día.

Walt Whitman

Limpio, lavado, fresco
Es este día,
Sonoro
Como cítara verde,
Yo entierro
Los zapatos
En el lodo,
Salto los manantiales,
Una espina
Me muerde y una ráfaga
De aire como una ola
Cristalina
Se divide en mi pecho.

Neruda

Y las maestras que juegan al corro con los niños, y los maestros que tienen que descubrirles que las cosas están guardadas en las palabras, se hacen también un poco niños, de tanto estar con ellos:

> *«¿Cómo puede un maestro, o, si queréis un pedagogo, enseñar, educar, conducir al niño sin hacerse algo niño a su vez y sin acabar profesando un saber algo infantilizado. Porque es el niño, en parte, el que hace al maestro. (...) Porque hemos de comprender como niños lo que pretendemos que los niños comprendan. El niño nos revela que casi todo lo que él no puede comprender apenas si merece ser enseñado y sobre todo, que cuando no acertamos a enseñarlo es porque nosotros no lo sabemos bien todavía.»*
>
> Antonio Machado

La sociedad y sus maestros

La sociedad encarga a sus maestros la transmisión de la cultura. Les confía la infancia. La importancia que dé a su función, el prestigio que confiera a su trabajo, va a ser uno de los indicadores de la inteligencia de un país. Es interesante comparar la cultura occidental con algunas culturas orientales. En Japón, por ejemplo, ocuparse de los niños supone prestigio.

«Desde los años setenta la posición social de una educadora japonesa equivale a la de un profesor universitario y, al menos al principio, en las instituciones públicas reciben el mismo salario. Tanto a la educadora como al profesor universitario se les llama “sensei”, es decir, “maestro”», escribe Donata Slschenbroich.

He aquí una gran demostración de inteligencia social. No podemos educar bien a la infancia sin dar prestigio, calor, ayuda, dignidad profesional a los que se ocupan de los niños. Esto no se refiere sólo a los maestros, sino a los padres que deciden dedicarse a esa función, y que sufren por ello un cierto desclasamiento social. Nos equivocamos al contemplar esta tarea como una carga, en vez de interpretarla como una posibilidad de salvación. A excepción de algunas personas embrutecidas, todos sentimos una generosidad acaso inesperada ante un niño, una ternura que desarma la aspereza que con minuciosidad de orfebres feroces nos hemos construido. Los psicólogos, con una expresión seca, nos dicen que los humanos aumentan su deseo de solidaridad después del nacimiento de un hijo. Deberíamos aprovechar esta llamada sentimental a la nobleza. Por ello sería deseable hacer una “revolución desde la infancia”, que apueste por una idea sencilla y radical: una buena manera de adecentar el mundo es empeñarse en que los niños tengan una vida lograda, noble y feliz. Esta revolución desde la fuente nos beneficiaría también a los alumnos.

Soy optimista, tal vez porque los docentes tenemos que serlo forzosamente, pero no estoy solo en esta propuesta. Como han señalado competentes antropólogos, los niños pueden ser, en este momento, los únicos vinculadores. Recuerdo que en plena guerra fría, cuando se convivía con una crónica amenaza de guerra caliente, Freemont-Smith, uno de los protagonistas de una conferencia de paz con la Unión Soviética, se preguntaba qué interés común podría unir a los seres humanos por encima de sus diferencias. Concluyó que era la protección de la infancia: «Si las naciones estuvieran de acuerdo en proteger a los niños de los demás, todos podrían salvarse.» Se trata de implantar una civilización del cuidado, una maternalización de la sociedad, que sería la civilización verdaderamente humana. Y en este cambio, maestras y maestros, tienen un protagonismo especial.

La escuela en el recuerdo

Manuel Ortega

«De los recuerdos de nuestra infancia emerge siempre la clara figura de una maestra o de un maestro, con quien tenemos pendiente una deuda de gratitud. Suele ocurrir que tardamos mucho en darnos cuenta de su influencia benefactora, y para entonces aquellas personas que sirvieron de puente entre la familia y la sociedad, que suavizaron el desamparo de los primeros días de escuela y nos llevaron de la mano por los laberintos del abecedario y la cultura habrán desaparecido ya de nuestras vidas. Un homenaje al maestro puede servir para pagar esta deuda de gratitud. Es por ello un acto de justicia poética.»

La cita es del filósofo y escritor José Antonio Marina. Basta con teclear las palabras "homenaje al maestro" en cualquier buscador de Internet para que aparezcan numerosas páginas en las que las palabras del pensador tienen lugar destacado. De portales especializados a boletines de centros educativos pasando por páginas personales, las palabras de Marina han corrido como la pólvora en esa caja de resonancia que es Internet. Por algo será. Pero, ¿por qué?

Habría que remontarse a siglos muy pretéritos para comenzar a indagar el significado de la palabra maestro y su vinculación a la labor didáctica. Probablemente hubiera que retrotraerse a la antigua Grecia, donde los niños eran conducidos a la casa del educador, donde aprendían las reglas básicas, los rudimentos de la escritura y la oratoria y el gusto por las artes y la música. Con el tiempo, la técnica fue perfeccionándose. Algunos de los padres de la filosofía encontraron un sustento en ella. El prestigio de contar con un sabio filósofo como pedagogo y educador fue en aumento. El caso de Aristóteles es notorio. El Estagirita, como era apodado, fue maestro de Alejandro Magno y, según parece, el caudillo macedonio siempre se hizo acompañar por un ejemplar de *La Ilíada* a lo largo de sus campañas porque la obra de Homero había sido uno de los textos más significativos de su aprendizaje con el filósofo. Y es que Aristóteles fue, en gran medida, un maestro de dimensiones considerables. No sólo por su influencia posterior (los escolásticos medievales empleaban la alocución *Magister dixit* para dar carácter irrefutable a las citas aristotélicas). El pensador también fundó el Liceo, una escuela donde desarrolló teorías pedagógicas que,

muchos siglos después, son moneda común en la enseñanza, como la influencia del lugar a la hora de propiciar los estudios, la luminosidad y las adecuadas condiciones para impartir las clases. Hoy día, miles de centros educativos a lo largo de todo el mundo continúan empleando la denominación de liceo en sus frontispicios.

Claro que, probablemente, Aristóteles no hubiera despuntado de no haber sido, a su vez, por su propio maestro, Platón. En su caso, puede aplicarse el dicho latino, *Discipulus potior magister,* o sea, que el discípulo supera al maestro. Y hablando de la lengua de Roma, hay que reconocer que el perfeccionamiento en la cultura del maestro obtuvo allí su grado máximo. Además de dotar de un idioma cultural universal en los siglos venideros, Roma fomentó la cultura del *magister,* aunque en algunos casos les costara caro. Basta recordar el caso de Séneca, el filósofo hispanorromano no sólo no pudo hacer carrera de Nerón, sino que además acabó teniendo que quitarse la vida por ello.

Al margen de esto, lo cierto es que el concepto del maestro como transmisor de conocimientos y cultura se prolongó en el tiempo. La organización gremial del Medievo empleó la fórmula del maestro como rango máximo de los oficios. Aquella organización piramidal, pese a que enfocaba sus esfuerzos educativos hacia una plasmación práctica y artesanal, comenzaba en la base por un aprendiz, continuaba con el grado medio de oficial y llegaba a la cúspide como maestro. Éste, a su vez, tenía la responsabilidad de proporcionar la formación adecuada para que, en el futuro, y junto a otras condiciones, pudiera ser sucedido.

De todas formas, podríamos perdernos en miles de ejemplos sobre la figura del maestro a lo largo de la Historia. En las páginas históricas contemporáneas de España están escritos los nombres de grandes figuras que, probablemente, no hubieran despuntado de no haber sido por sus maestros. A estas alturas nadie duda de que el poeta Miguel Hernández no habría compuesto sus versos de no haber sido por el canónigo Luis Almarcha y su paso por las escuelas del Ave María, puestas en marcha por los jesuitas para los niños de escasos recursos económicos.

Y es que la figura del maestro, en España, se ha movido entre el reconocimiento y la dificultad. Ejercer la profesión en nuestro país nunca fue trabajo fácil. Laicos o religiosos, los maestros han sufrido las idas y venidas de la turbulenta historia contemporánea española: leyes contra la educación impartida por órdenes religiosas, depuraciones de post-guerra, sueldos y medios escasos… incluso pagando con la vida su dedicación. A pesar de todo, el Magisterio siempre contó con verdaderos héroes, del color y pelaje que fueran, que sacaron lo mejor de sus discípulos incluso en sus peores momentos. Así, el cantautor José Antonio Labordeta recordaba en una entrevista al diario *El Mundo* cómo su padre, catedrático de instituto y afiliado de Izquierda Republicana, había sido denunciado tras el estallido de la Guerra Civil. "Sus alumnos falangistas le salvaron la vida", aseguraba el ex-diputado.

Ahora bien, ¿cuál es el recuerdo y la influencia que guardan algunas de las grandes personalidades españolas de sus maestros? Desde la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción (FAD) hemos planteado la cuestión a una serie de nombres destacados en campos como la política, la actividad sindical, el deporte, la investigación científica, la cultura y el periodismo. Y hay que reconocer que, para muchos, al margen de la sorpresa inicial, ha sido una grata experiencia el extraer a aquel maestro que mantenían guardado en el fondo de su memoria. Algo parecido, y ustedes lo habrán experimentado, a lo que sucede cuando, al cabo de un gran periodo de tiempo, uno encuentra una vieja y entrañable foto que ya no recordaba en algún lugar perdido.

No ha sido ese el caso de **Pilar Gobernado**. Pese a su más que respetable edad —pasa la franja de la novena década de vida— doña Pilar mantiene un excelente recuerdo de su paso por el Instituto-Escuela de la Institución Libre de Enseñanza. Aquella iniciativa de Francisco Giner de los Ríos, aquel "gran forjador de carácter", como lo tildara la *Hispanic Review,* representó en su tiempo uno de los proyectos educativos más novedosos que han existido en España. ¿Qué fue lo que la hizo diferente? «Los sábados hacíamos excursiones a Segovia, La Granja, Toledo… que nos costaban una peseta, en las clases no había separación por sexos, y el sistema educativo se basaba en apuntes que vendía el bedel. Los ejercicios diarios servían como examen, buscándose tanto los conocimientos como la

formación del individuo. A diferencia de lo que era habitual en las aulas de la época, el trato entre el profesor y el alumno era muy cercano. Se insistía mucho también en el aprendizaje de idiomas como el francés, el inglés o el alemán. Y para premiarnos nos daban libros o chocolate», recuerda doña Pilar, que conserva nítidas en la memoria algunas escenas: «Todas las mañanas se hacía gimnasia sueca y se jugaba mucho al frontón. Uno de nuestros maestros, el señor Martín Navarro, que destacaba por su frondosa barba, se quitaba con mucha parsimonia el cuello duro para echarse una partida. Otro, el señor Castillejo, nos dejaba admirados porque siempre llegaba montado en una bicicleta, en la que llevaba un cestito en el manillar, seguramente como influencia de su estancia en Gran Bretaña.»

Para **Inma Shara**, una de las escasas directoras de orquesta de todo el mundo, y también de las más jóvenes, el colegio fue algo más que un centro de formación. De su paso por el Colegio Virgen Niña, de Amurrio, regentado por religiosas italianas, y de los Josefinos de Orduño, guarda un gratísimo recuerdo. Ella lo explica así: «Fueron años muy felices, con clases de música, danza, pintura… La enseñanza estaba muy personalizada. Por ejemplo, en la clase de música éramos sólo cuatro niñas, lo que facilitaba mucho el aprendizaje.» Según Shara, eso ha influido en su carácter, porque la educación religiosa le dio un modelo de comportamiento ético y una disciplina. «Estoy feliz de haberme educado dentro de esas líneas estrictas pero no por ello menos educativas», remacha. Ahora bien, ¿el público de Shara debe estar agradecido a alguien en particular por su labor? Pues sí. «A la profesora de Música, sor Ricarda», afirma con seguridad cuando se le plantea la cuestión. «Era una mujer muy estricta pero fue ella quien me inició en el mundo de la música. De hecho, aún guardo una fotografía suya», desvela al tiempo que también precisa la labor de otro maestro, éste de los josefinos: «Era un verdadero encanto, un señor mayorcito, mayorcito que se llamaba Gino, profesor de inglés, que incluía la canción en su metodología de aprendizaje.»

Y hablando de clases de inglés y métodos de enseñanza, la periodista **Ely del Valle,** directora de *El Círculo a primera hora* de Telemadrid, también recuerda a la hermana Silvia, una veterana monja —"de paciencia infinita", precisa— profesora de la lengua de Shakespeare en el bilbaíno Colegio Vera Cruz: «Aprovechaba las clases para enseñarnos las cosas más variopintas, desde el significado de las señales de tráfico al manejo de los cubiertos y la diferencia entre un conejo y una liebre.» Gracias a eso, dice divertida, «soy un hacha pelando las manzanas con cuchillo y tenedor.» Claro que las cosas del comer también tuvieron su papel a tra-

vés de la hermana Soledad, su tutora en Primero: «Sabía que yo odiaba el arroz que ponían un día a la semana, así que cuando tocaba venía sin decir nada y me cambiaba el plato por uno de verdura. Me enseñó, entre otras muchas cosas, que educar no consiste en ser inflexible, sino en aplicar la lógica.» De sus mejores recuerdos destaca las mesas octogonales de colores, el olor de las regletas, el tacto de la tela del uniforme… y sobre todo la ubicación del colegio, situado en un monte propiedad de las monjas y al que, las tardes de primavera, las llevaban a merendar a un manantial cercano.

Las andanzas escolares de **Cándido Méndez**, secretario general de la Unión General de Trabajadores, están asociadas a otra gastronomía: la de la leche en polvo y el queso de la ayuda americana de finales de los años cincuenta y principios de los años sesenta que se distribuía en los colegios. «En un caldero gigantesco se preparaba la leche, sobre una lumbre que encendíamos en mitad del patio de la escuela», recuerda el sindicalista. Al haber acudido a una escuela del medio rural, Méndez también aprendía labores de siembra y recolección. «Había una notable falta de medios pero los maestros que me enseñaron lo suplían con su vocación y su trabajo arduo», asegura antes de señalar que «de aquella etapa sigo guardando un grato recuerdo de mi primera maestra, doña Josefina, mujer afable, culta y abnegada que nos enseñó el a-e-i-o-u con paciencia y cariño.« «A esas edades cuenta mucho la calidad humana de los maestros que te correspondan y creo que en ese aspecto tuve bastante suerte», apunta el hombre que dirige uno de los dos sindicatos más importantes de España.

Seguramente que su compañero en el trabajo sindical, **José María Fidalgo**, secretario general de Comisiones Obreras (CCOO), estará de acuerdo con la afirmación. Y es que a Fidalgo el asunto le toca de forma muy directa: su madre, ya jubilada, es maestra. El sindicalista cree que le debe mucho a los maestros que tuvo: «Tuve suerte y estoy seguro de que sin el apoyo, la inteligencia y el esfuerzo del maestro, gente como yo posiblemente no hubiera llegado a la Universidad ni a disponer de una base intelectual y ética que le permitiera abrirse camino en la vida.» Porque, como recuerda, «para la gente de mi época la educación era la base de la promo-

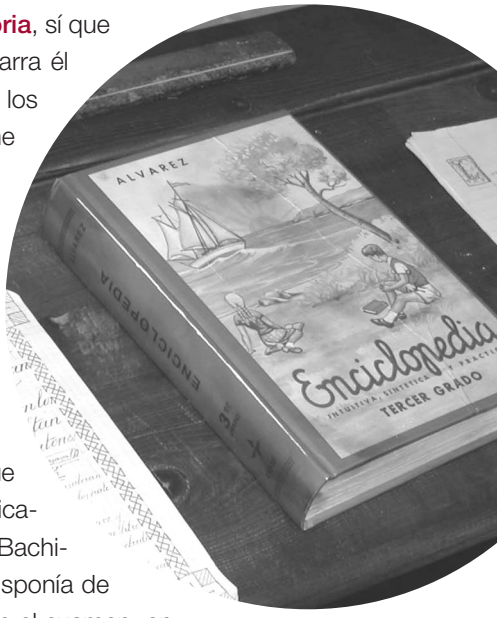
ción social, porque vivíamos en una sociedad en la que la mayoría de la gente que no pertenecía a las capas más pudientes de la sociedad sólo, y con suerte, si progresaba mucho en la educación podía aspirar a un futuro digno.» Sus evocaciones escolares están ligadas a los llamados “materiales didácticos” en un tiempo en que ni había ni se esperaba medios audiovisuales o informáticos y los laboratorios eran un lujo lejano: «Teníamos libros, cuadernos para escribir al dictado, donde redactar o donde hacer operaciones de cálculo y aquellas libretas de dibujo que aún guardo; también los mapas mudos para aprender Geografía y, ya con cierta dificultad porque debía ser una edad temprana, un ligero recuerdo de cuando dejé de escribir con faltas ortográficas.»

A su juicio, lo importante era el material humano, la capacidad de aquellos maestros para convencer, asegura, a los niños y a sus familias de que la educación era la mayor herramienta de progreso individual y colectivo. «El maestro o la maestra se constituían de manera natural en líderes de opinión, sobre todo en los ámbitos rurales, y eso tenía un fuerte significado. Sería bueno que sobre estos valores se reconstruyera constantemente nuestro sistema educativo», reclama el líder de CCOO.

Unos valores que llevaban a casos como el de la señorita Crescencia, maestra de la Escuela Pública El Prado, de Vitoria, en la que comenzó sus estudios de Primaria el presidente del Senado, **Javier Rojo**. «Se dedicaba a nosotros, a sus alumnos, como una madre, y estaba siempre pendiente de nosotros; nos aportaba el conocimiento desde el cariño y nos estimuló para que nos adentráramos en la Literatura y en la lectura de libros», explica Rojo, que destaca entre sus recuerdos más gratos de aquella etapa la convivencia con los compañeros de clase. Y, ojo, porque el presidente del Senado arguye que «en aquella época sabíamos disfrutar juntos siendo creativos en nuestros juegos y dejando volar mucho la imaginación.» Todo un alegato en unos tiempos, los actuales, en que los juegos de los chavales parecen no ir más allá de la videoconsola.

A la ministra de Educación, **Mercedes Cabrera**, lo que le gustaba eran los *curritos,* que era como llamaba en el Colegio Estudio de Madrid a las funciones de títeres. Por cierto, que dicho centro educativo estaba considerado el heredero de la ya mencionada Institución Libre de Enseñanza. La organizadora de los *curritos,* y directora del colegio, era Ángeles Gasset, que junto con las señoritas Nieves y Pura, son las tres maestras de las que guarda mejor recuerdo la ministra. De aque-

llos cursos de Primaria lo que más le gustaba eran las lecturas en común: «Nos íbamos pasando los libros de niño en niño. Recuerdo, en concreto, los libros de aventuras de Nils Hoggerson, un chico que viajaba volando con una bandada de gansos. Años más tarde, me enteré de que los había escrito la premio Nobel Selma Lagerloff.»



Las remembranzas del ministro de Sanidad, **Bernat Soria**, sí que resultan propias de una novela de aventuras. Así lo narra él mismo: «Mi escolarización fue bastante irregular hasta los nueve años. No sé cómo aprendí a leer. Mis padres me cuentan que un día, cuando tenía cinco o seis años, descubrieron que era capaz de hacerlo. Por circunstancias familiares vivía a caballo entre Valencia y el Campo de Níjar, en Almería, en medio del campo en un cortijo y con la escuela más próxima a varios kilómetros. Eso hizo que desarrollase una aproximación bastante autodidacta. Recuerdo que la Enciclopedia Álvarez de Primer Grado la leí en un par de tardes y al día siguiente fui a la maestra y le dije pregúnteme que ésta ya me la sé. Así pasé al Segundo Grado. Prácticamente sin ir a la escuela llegué al curso de Ingreso de Bachiller, a los 8 años. Me hicieron un examen porque no disponía de certificación de mis conocimientos. Aún tengo presente el examen, en el que me preguntaron la diferencia entre círculo y circunferencia, lo que para un niño tímido de ocho años y que mezclaba términos andaluces con el valenciano de casa no estaba mal.» Para Soria, los mejores momentos eran los que pasaba, los días libres, con los pastores del Campo de Níjar. De sus maestros, doña Dulce, «una chica joven cuyo primer destino fue la escuela unitaria de Los Nietos, en el Campo de Níjar», y don Arturo en el curso de Ingreso de Bachiller. No obstante, el Magisterio, al igual que con Fidalgo, siempre ha estado muy presente en su familia: «Mi hermana, tres años mayor que yo, estudió Magisterio y ha ejercido como maestra de párvulos toda su vida.» La vocación de su hermana le llevó a intentar estudiar lo mismo, así que, ni corto ni perezoso, a los catorce años estudió al mismo tiempo Quinto de Bachiller y Primero de Magisterio. Pero se llevó un chasco: «Cuando fui a examinarme no me dejaron, hacía falta tener al menos quince años para examinarse de Primero. Como estudiaba por libre no me había enterado y me llevé un gran disgusto.» No obstante, como él mismo reconoce, «al final

he sido maestro porque he ejercido la docencia como catedrático de Universidad durante más de veinte años.»

«Lo que aprendes no lo olvidas nunca.» Así de contundente se muestra el presidente de La Rioja, **Pedro Sanz**, cuando se le pide una valoración de su etapa en el colegio. Sanz, nacido en Igea, un pequeño pueblo de La Rioja enclavado en la comarca de Cervera del Río Alhama, estudió en el centro escolar del municipio. En Igea, una localidad dedicada en cuerpo y alma a las labores del campo, casi todos los niños iban a las antiguas escuelas. «Era un lugar de encuentro. Allí hice mis primeros amigos. Parece mentira cómo nos marcan esos años…», se asombra Sanz al recordarlo.

Algo parecido le sucede a su homólogo extremeño, **Guillermo Fernández-Vara**. Para el presidente de Extremadura, estudiante de la Escuela Aneja de Badajoz, sus recuerdos son luminosos y futbolísticos: «Una clase con muchas ventanas, con mucha luz, donde aprendí a esforzarme y donde hice muchos amigos con los que eché interminables horas de juegos y fútbol.» En su memoria está presente un profesor al que califica como «muy especial para mí», Don Casimiro —conocido por sus discípulos en la capital extremeña como Don Casi— porque «supo transmitirme una serie de valores que me han valido mucho en mi desarrollo como persona.»

Otro tanto ocurre con el doctor **Juan Antonio Corbalán**. Alumno del Colegio San Viator, que aún hoy domina desde su emplazamiento elevado la madrileña Plaza Elíptica, el ex-baloncestista, que fuera mejor base europeo de los años ochenta, no oculta la emoción al hablar del centro: «Fue mi segunda casa, y, a veces, la primera, donde viví experiencias maravillosas que nunca he dejado de agradecer.» «No puedo nombrarlos a todos y sería injusto», responde cuando se le pregunta sobre los maestros que más influyeron en él, para, a continuación, hacer hincapié en que «todos por igual, ya que se excedían más allá de sus funciones, y lo hacían para bien.» A pesar de todo, al final conseguimos arrancarle algunos nombres: el padre Bienvenido, el padre José Antonio, el padre Pereda, el padre Urrutia… Y, además, el doctor Corbalán hace su particular valoración de lo que representa un maestro: «El profesor enseña mientras que el maestro enseña y quiere.»

A tanto puede llegar ese amor, que hay quienes estaban dispuestos a impartir clases en los lugares más pintorescos con tal de que los chavales pudiesen recibir una

educación. Viendo en la pequeña pantalla a **Pedro Piqueras**, director de Informativos de Telecinco, lo que menos podría pensarse es dónde comenzaron sus primeros pasos educativos. «Fue en el Colegio Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, en Albacete. Un joven maestro, Felipe Navarro, junto a su novia Isidra y su hermana Esperanza, los tres recién licenciados y con mucha vocación, montaron un colegio que yo inauguré como alumno. Los principios fueron humildes, hasta el punto de que dábamos clase en lo que había sido una tintorería y la mesa había conocido tiempos mejores en labores como la matanza del cerdo», narra Piqueras sobre unos acontecimientos de los que tiene un «recuerdo inmejorable» y de los que conserva hasta el más mínimo detalle. «Todos mis amigos de Albacete han sido excelentes profesionales en sus campos de trabajo —y, humildemente, me incluyo— y creo que ha sido posible gracias a los maestros que tuvimos, con los que teníamos una relación de intercambio mutuo consistente en el respeto hacia su figura y, a su vez, en el suyo hacia nosotros», explica el periodista, que también guarda una afectuosa gratitud hacia otros profesores como Juan Ramírez Piqueras, del Preparatorio de Ingreso, y Román Pedrós, de la Facultad.

Y si decíamos que resultaba difícil imaginar a Piqueras, con su imagen televisiva, recibiendo clases en una antigua tintorería, imagínense cuando llega el turno de dos grandes del mundo empresarial español: César Alierta y **Alejandro Echevarría**. Éste último, vinculado al grupo editorial Vocento y a Telecinco, y presidente de la Comisión de Medios de la FAD, reconoce que su evocación más grata del Colegio de los Padres Jesuitas de Indautxu es el campeonato del fútbol "del duro", cantera de los mejores jugadores del Athletic de Bilbao de la época: «Todos los chavales teníamos que poner cinco pesetas de la época y con el importe total comprábamos copas para los ganadores; los partidillos se hacían durante los recreos y era impresionante el bullicio y el ruido que metíamos.» A pesar de lo cual los padres del colegio tenían una paciencia infinita, hasta el punto de que Echevarría considera una «figura emblemática» al padre Pérez por haberles transmitido una formación basada en el respeto, la libertad y el trabajo.

Trabajo… Si hablamos de **César Alierta**, automáticamente aparece la imagen de un señor serio que dirige los destinos de una compañía situada en los primeros puestos del *ranking* mundial de las telecomunicaciones. Un sector, por cierto, innovador, dinámico y, a la par, enormemente competitivo y exigente. Pues bien, Alierta estudió en el Colegio de los Corazonistas, en su Zaragoza natal, un centro donde convivían alumnos externos e internos y que no era nada elitista. Eso sí, según sus

antiguos alumnos, se trataba de un colegio exigente en lo académico y estricto en la disciplina. A pesar de ello, el presidente de Telefónica recuerda, sobre todo, los amigos, con los que continúa manteniendo relación: Luis Blasco, Luis Ros, José Luis Gómez, José Luis de Jaime, Pancho González… Aunque residen en diferentes lugares, cada cierto tiempo se reúnen para volver a compartir, por ejemplo, la memoria de algunas escapatorias, como cuando al final de los recreos el balón de fútbol caía en el río Huerva y había que seguir el curso fluvial hasta su desembocadura en el Ebro para recuperarlo. En cuanto a los maestros, Alierta guarda un inmejorable recuerdo de la veintena de profesores, pero, sobre todo, del señor Gil. Profesor de Gimnasia y, como tantos españoles de la época, pluriempleado, alternaba las clases con su trabajo como acomodador en un cine. Y, claro, en unos tiempos en que la televisión era casi desconocida, acudían a la sala donde el señor Gil siempre daba trato de favor a sus alumnos. En los Corazonistas también había otro maestro muy popular, el hermano Arturo, responsable de Deportes, y que contaba en su haber con el mérito de haber logrado que el colegio ganara el Campeonato de España de Fútbol Escolar.

Las remembranzas de **José Luis Borau**, académico, director de cine y presidente de la Sociedad General de Autores y Editores (SGAE), también transcurren en la ciudad situada a las orillas del Ebro. Para el cineasta —que, por cierto, incluso fue crítico en uno de sus diarios locales— aún está presente el recuerdo de los agustinos, a los que llegó apenas abierto el centro educativo. Lo primero que le extrañó, nos explica, es que eran unos curas de mentalidad muy abierta. «Era la primera mitad de los años cuarenta, casi todos venían de Filipinas y eso les daba una cierta internacionalidad y un punto de vista mucho más abierto de lo que era habitual en España en aquellos años», asegura Borau, que mantiene vivo el agradecimiento a su profesor de Literatura, Antonio Cavero, con el que comentaba libros.

El *curriculum* de la investigadora **Margarita Salas**, especializada en bioquímica, resulta impresionante: miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de la Real Academia Española, de la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos… Pero para esta discípula del premio Nobel Severo Ochoa, la primera gran influencia en su carrera fue su profesora de Matemáticas del Colegio de la Asunción, en Gijón, a la que recuerda «con admiración y cariño». Por aquél entonces, el centro, sólo para chicas, no sólo destacaba por proporcionar una enseñanza de calidad en un buen ambiente de trabajo —primordial para sacar lo mejor de los estudiantes, y de eso sabe mucho Salas—, sino que también lo complementaba con deportes y representaciones de teatro.

Y hablando de artes escénicas, el cineasta **Montxo Armendáriz** lo primero que recuerda del Colegio Salesiano de Pamplona es el apodo: “La Cárcel”. «Era conocido así por la sombría arquitectura del edificio y, sobre todo, por la disciplina y los métodos represivos que regían su sistema educativo», señala el director de cine, al tiempo que precisa que «pese a ello, guardo un grato recuerdo de aquella época, ya que algunos salesianos nos motivaban con su alegría y dedicación, creando una complicidad entre educadores y alumnos que mitigaba, en parte, el régimen castrense en que nos educaban.» Cuando se le pregunta por sus mejores recuerdos, responde con una cifra: tres. El primero, «la estufa con que tratábamos de calentar el aula durante los meses de invierno y que, muchas veces, llenaba de humo la clase, obligándonos a salir corriendo al patio en medio del regocijo general.» En segundo lugar, «el sonoro pateo con que desahogábamos nuestra frustración, los domingos por la tarde, cuando la película que proyectaban en el salón de actos se cortaba misteriosamente, dando un salto incomprensible, en el momento en que alguna pareja iba a besarse.» Y, por último, «la mezcla de excitación y entusiasmo con que preparábamos las obras de teatro que amenizaban nuestros fines de semana, una especie de musicales didácticos con moraleja incluida, pertenecientes a la Galería Salesiana.» Cuyos libretos, por cierto, excluían cualquier tipo de relación entre sexos, ya que el elenco actoral —por necesidades obvias— estaba formado exclusivamente por los alumnos y profesores del centro, precisa Armendáriz.

De estos últimos señala que fueron don Alejandro y don Jesús los que más le marcaron positivamente. El primero, coadjutor de veinte años, era un aspirante a salesiano que, según se enteró tiempo después, abandonó los hábitos y no llegó a ordenarse sacerdote. «Con él ensayábamos las canciones de las obras de teatro, nos ayudaba a realizar disfraces para los personajes, a pintarnos la cara y caracterizarnos, a interpretar correctamente el texto y, durante los recreos, se arremangaba la sotana hasta la cintura y participaba como uno más en nuestros juegos», explica el director de cine. En cuanto a don Jesús, era un salesiano, «recto y responsable», que acabó ordenándose sacerdote, y que sacaba libros de la biblioteca del centro, reservada para los salesianos y para los alumnos internos —mayo-

res de catorce años— y los iba leyendo a trozos, como premio, cuando los alumnos se portaba bien: «Recuerdo que se hacía un gran silencio mientras él paseaba entre los pupitres, majestuosamente, con el libro en la mano mientras su voz grave y cálida nos sumergía en los misterios de *Diez negritos* o en las aventuras de *Un capitán de quince años*.»

«Cada tarde, hasta la hora de la cena, nos reuníamos unos cuantos chicos en una improvisada clase de música donde aprendíamos a solfear y a tocar algún instrumento musical. Yo aprendí a tocar el laúd y entre todos formamos una rondalla», asegura **José Luis Perales**, cuyos recuerdos también entroncan, de una u otra forma, en la que ha sido su carrera profesional en el mundo de la música. El cantante y compositor se formó en la escuela de Castejón, un pequeño municipio de 500 habitantes de la Alcarria conquense. Corría el año 1950, cuenta él mismo, cuando su madre lo llevó de la mano y se lo encomendó a su maestro. Cuando a Perales se le pregunta por aquellos momentos, le aflora cierta nostalgia teñida, al mismo tiempo, de alegría: «Hoy en día las escuelas rurales prácticamente se han quedado sin niños, pero mi imagen es la de una plaza grande con un pilón de piedra en el centro que los labradores utilizaban como abrevadero para los animales de labor. En esa plaza estaban situadas las cuatro escuelas, dos de niños y dos de niñas.» La plaza de Castejón también realizó su aportación educativa, porque en las horas de recreo servía como estadio improvisado para jugar al fútbol.

Y después de las horas de clase, recuerda Perales, los chavales se iban a buscar nidos en las grietas de las paredes de la Iglesia —los más codiciados, por cierto, eran los de urraca porque estaban escondidos en una maraña de espinos de difícil acceso— o bien a “tomar prestado” de los huertos cualquier fruto. Pero pese a los divertimentos juveniles, de lo más inocentes vistos hoy día, los recuerdos de Perales «tienen sabor a disciplina y respeto al maestro, sobre todo a don Teodoro, responsable de nuestra educación.»

La nostalgia que embarga a José Luis Perales cuando evoca sus años de escuela, es la misma que el genio de **Joan Manuel Serrat** plasmó en *Cançó per a la meva maestra* (letra y música J.M.Serratt):

Cançó per a la meva mestra

Temps, fa temps hi havia, vostè, mestra,
i el seu món de tinter i banc,
pissarra i davantal blanc.

Bon dia, de matí, ens deia dempeus,
entre dues "fotos" i una creu,
una oració i una cançó
i a la galta un petó.

Bon dia mestra...

Però vostè no ha sabut mai, mestra,
que quan volíeu que cantés
que tres per una feien tres
els meus ullets grataven francament
els genolls que púdicament
vostè apretava i apretava
però un número no val
el que una pell rosada...

Malgrat ens feia anar a església
i em prenia la regalèssia
aquell
era un món petit i meravellós,
un món de guixos de colors
que pintàveu vós
i esborràveu vós...

Sols vostè voltada de capellans
donàveu raó per a dir-se "infants"
a un món de quatre pams.

I si mai penseu en mi, mestra,
que dels vostres ullets blaus
hi neixi sempre aquella pau
que feia un xic més dolça l'escola
i no s'us faci un nus la gola
dient: "què han fet..., on an dut
el meu grapat de menuts..."
perquè vós no sabíeu, mestra,
que el món és el mateix...
que l'home és el mateix...
i no és el mateix,
l'olor de vostè,
ai! mestra,
que l'aire del carrer.

Canción para mi maestra

Érase una vez... usted, maestra,
y su mundo de tintero y banco,
pizarra y delantal blanco.

Buenos días, por la mañana, nos decíais, en pie
entre dos fotografías y una cruz,
una oración y una canción
y un beso en la mejilla.

Buenos días, maestra...

Pero usted nunca supo, maestra,
que cuando quería que cantara
que tres por una eran tres
mis ojillos arañaban francamente
las rodillas que púdicamente
usted apretaba y apretaba,
pero un número no vale
lo que una piel rosada.

A pesar de que nos hacía ir a la iglesia
y me quitaba el regaliz
aquél
era un mundo pequeño y maravilloso,
un mundo de tizas de colores
que usted pintaba
y usted borraba...

Sólo usted, rodeada de curas,
le daba la razón de llamarse "niños"
a un mundo de cuatro palmos.

Y si alguna vez piensa en mí, maestra,
que de sus ojillos azules
nazca siempre aquella paz
que me hacía un poco más dulce la escuela
y que no se le haga un nudo en la garganta
diciendo: "qué han hecho..., a dónde
han llevado a mi puñado de pequeños..."
porque usted no sabía, maestra,
que el mundo es siempre el mundo,
que el hombre siempre es el hombre,
pero no es lo mismo
su olor,
¡ay! maestra,
que el aire de la calle.

La escuela desde dentro

LA **VISIÓN** DE LOS **DOCENTES**

El reto de la educación excelente

Nicolás Fernández Guisado
Presidente Nacional de ANPE

Cuando hablamos de comunidad educativa básicamente nos referimos al binomio familia-escuela, pero en una sociedad tan abierta y multidisciplinar cada vez tienen más implicación e influencia en esta comunidad el entorno —del cual forman parte hoy en día los medios de comunicación— y los agentes políticos y sociales.

Precisamente las transformaciones sociales obligan a estos actores a responder a nuevos retos. Sin embargo, a veces perdemos la perspectiva de que el proceso de educación de las próximas generaciones es un solo reto y un compromiso de todos.

El requisito para abordarlo debería ser un acuerdo sobre el tipo de educación que queremos. Seguramente diríamos que la educación de hoy:

- Debe ser **excelente** en la preparación intelectual y en la exigencia que permita obtener de cada uno lo máximo que pueda aportar.
- Debe estar **abierta** a la sociedad democrática en la que vivimos, esto es imbuida de los derechos y deberes que constituyen nuestro marco social.
- Debe ser capaz de desarrollar en los jóvenes el **sentido crítico** que les permita sentirse sujetos y protagonistas en este mundo lleno de objetos.

- Debe ser **respetuosa** con las creencias y convicciones íntimas.
- Debe ser **integradora y solidaria, tolerante y flexible**, para hacer compatible lo particular con lo general.
- El sistema educativo debe ser capaz de **superar las desigualdades** de origen social o económico.
- Debe estar diseñada con visión de futuro para formar ciudadanos más **cultos** y más **libres**.

Para conseguir una educación así, cada miembro de la comunidad educativa debe asumir sus propias responsabilidades, esto es responder, tomar la palabra.

Cada alumno debe decir *yo.* Debemos recuperar para los jóvenes la propia responsabilidad en su desarrollo, como elemento clave de la madurez y la libertad.

La palabra que corresponde a la familia es vínculo. La vinculación con los hijos nos obliga a educar. Nadie puede usurpar a la familia su papel protagonista y los padres jamás deben abdicar de esta tarea.

La palabra que corresponde a la escuela es apertura. La labor del profesor es hacer inteligibles las formas de la vida humana y mostrar el camino que nos ha traído hasta donde estamos.

La palabra que corresponde al entorno es sociedad, que viene del hecho de que somos socios, también y sobre todo en la tarea educativa.

La palabra que corresponde a las administraciones educativas es futuro. Hay que legislar para las próximas generaciones, no para las próximas elecciones.

La palabra que corresponde a los medios de comunicación social es ética. Es imprescindible que reconozcan su influencia sobre la educación y actúen en consecuencia.

Y para todos, la palabra común es responsabilidad. Sólo desde la asunción de la responsabilidad podremos colaborar para conseguir este objetivo tan ambicioso: la escuela excelente e integrada con su entorno que proporcione a nuestros hijos el mejor instrumento para su desarrollo: la buena educación.

Enseñar, un trabajo silencioso y poco visible

José Campos Trujillo
Secretario General FECCOO y miembro del Comité Mundial de Educación

La profesión docente es una de las que está soportando con más valentía y tenacidad los consecuencias de los cambios sociales en el mundo de la infancia y la adolescencia. Se trata de un trabajo casi siempre silencioso y poco visible, que la sociedad no siempre sabe apreciar. Por desgracia, la escuela se ha convertido en objeto noticiable más por los escasos incidentes de violencia que golpean a algunos centros que por la lluvia fina de la labor que día a día desempeñan los profesionales de la enseñanza.

El sentimiento de soledad que padecen los maestros y maestras ante la enorme responsabilidad con la que han de cargar en el desempeño de su trabajo se ha agudizado de forma preocupante en los últimos tiempos. Sin embargo, nunca como ahora el Magisterio ha estado tan necesitado de apoyo y de ánimos por parte de la sociedad en general y de los padres de nuestros alumnos en particular. Parece que nadie se acuerda de que la educación es un asunto de todos los sectores implicados y que sin esta participación conjunta los resultados de nuestro trabajo dejarán bastante que desear.

La escuela nació para ayudar a los padres en la tarea de educar a sus hijos, que no podían desempeñar por carecer de recursos y de tiempo. Esa función no ha variado mucho, pero la diferencia es que hasta hace poco los padres ayudaban a los maestros y últimamente manifiestan cierto desinterés que nosotros no podemos por menos de ver con preocupación.

Los docentes necesitamos a los padres y éstos necesitan a los profesores, por lo que un enfrentamiento sólo puede ser perjudicial para todos, pero sobre todo para los alumnos. Si realmente perseguimos un objetivo común, que es ofrecer a los escolares una enseñanza de calidad y que éstos aprendan en la escuela, no nos

queda más remedio que permanecer unidos y dejar a un lado las peleas corporativas. Por otra parte, las discrepancias que puedan producirse en determinados momentos no deben traspasar jamás las líneas rojas que marcan el respeto mutuo y la comprensión de que todos somos humanos y podemos equivocarnos.

Por ello, cuando insistimos en la necesidad de revalorizar el trabajo de los profesionales de la educación, no lo hacemos guiados por un afán corporativista o por presentarnos como víctimas de la incomprensión. Nada más lejos de nuestro propósito. Lo que estamos reclamando es algo tan elemental como que si queremos educar bien, tenemos que arrimar todos el hombro. Y no lo digo únicamente por lo que respecta a nosotros, los docentes, sino por ellos, los estudiantes, y por el resultado educativo. No nos parece justo exigir sin la contrapartida del esfuerzo por parte de todos, nosotros los primeros, eso por supuesto; pero también los padres y los propios alumnos. Muchos nos tememos que el escaso interés de éstos por el estudio y el conocimiento, no se debe únicamente a la influencia de la industria del entretenimiento y de las tecnologías, sino a que en sus hogares tampoco lo perciben.

El abandono escolar prematuro que padecemos en España guarda estrecha relación con la pérdida de la imagen que hasta hace unos años se tenía de la enseñanza escolar en nuestro país. Por ello no nos parece descabellado que desde las instancias gubernamentales se promueva una campaña de sensibilización social a favor de la educación entendida como un valor no sólo útil para obtener un título y ejercer una profesión o un oficio sino de conocimiento en sí, como un medio para la mejora personal y, por supuesto, de la propia sociedad.

En el nuevo contexto en el que nos movemos los enseñantes, es evidente la presencia de factores que nos parecen decisivos en la revalorización social de los profesionales del ámbito educativo. Entre éstos quiero destacar la redefinición de las competencias profesionales, los factores psicosociales, las condiciones laborales y la valoración profesional, las nuevas condiciones de trabajo, la responsabilidad de la escuela, el perfil de los centros de Secundaria, etc.

Mientras cada día se nos exige más, nuestras condiciones de trabajo y los recursos de que disponemos en los centros no experimentan apenas variaciones. Las nuevas condiciones en que los docentes tenemos que impartir las enseñanzas, exigen una mayor implicación administrativa, que pasa por la dotación de profesionales de la educación que refuercen nuestras funciones.

Pasa también por la reducción de las ratios en las aulas, por una oferta adecuada y de calidad de Programas de Iniciación de Cualificación Profesional para el alumnado que no quiere seguir en la Enseñanza Secundaria, por la potenciación de la acción tutorial y de los equipos de orientación educativa, por la dotación de la figura de educadores de calle y por una oferta de garantías jurídicas a los afectados por situaciones de agresión física o verbal. Naturalmente, estas medidas exigen el correspondiente compromiso financiero por parte de las administraciones.

También nos parece necesario un compromiso social con los medios de comunicación, en particular la televisión, para abordar los contenidos de determinadas informaciones y programas, así como el tratamiento que debe darse cuando se producen hechos violentos en el entorno escolar. En tanto que transmisores de valores, por desgracia no siempre positivos, las cadenas televisivas debieran hacer lo posible para respetar los compromisos que suscribieron en su día para adecuar su programación a unos horarios respetuosos con la audiencia infantil.

Esperemos que estas reflexiones sean útiles y se tengan en cuenta. Un día es muy poco tiempo para que la sociedad tome conciencia del cometido que nos ha encomendado a los maestros y maestras. Pero hemos de reconocer que iniciativas como ésta de la FAD nos parecen muy encomiables, por lo que les estamos agradecidos.

La dignificación de la profesión docente, una necesidad para la sociedad española del siglo XXI

Eliseo Moreno. Presidente Sector Nacional Enseñanza CSI-CSIF

Hasta hace bien poco tiempo la docencia estaba considerada como la mejor herramienta para el progreso individual, y social. Los que así pensamos, creemos esto porque para conseguirlo había que construir un camino repleto de esfuerzo, de renuncias, de desarrollo de la voluntad y de potenciación de la responsabilidad a través de la libertad. Nos parecía que era una profesión hermosa pues, con nuestra dedicación y la del alumno y su familia, éramos capaces de transformar a esos seres-esponjas que depositaban las familias en nuestras manos, en hombres y mujeres formados para el disfrute de la belleza y la felicidad en el plano individual, y, para continuar el progreso de nuestras sociedades a través de la construcción

de una sociedad libre y democrática, en el plano social. En definitiva, ejercíamos una profesión para la formación de seres humanos responsables y sensibles ante la marginación, la pobreza y la diferencia, seres humanos fuertes para el disfrute de la vida y el desprecio de la falsa felicidad. Para muchos, ésta era la profesión más maravillosa del mundo.

Pero desde un tiempo a esta parte nuestra profesión ha sufrido una especie de cataclismo que ha socavado los cimientos en los que se asentaba la reconocida y necesitada labor docente. Para intentar comprender un poco lo que ha pasado tenemos que ir al nacimiento de nuestro sistema educativo en los albores de la revolución liberal cuando se piensa en la escuela como el principal vehículo para el proceso modernizador de la sociedad española. El objetivo fundamental de esta nueva realidad era la adquisición y el disfrute de la condición de ciudadano de la Nación y el abandono de la condición de súbdito propio del Antiguo Régimen. Estas ideas bebían en la filosofía de Herder y Fichte, pero también en la filosofía condorciana, representada en España por el poeta Manuel José Quintana, que basaba el sistema educativo liberal en una escuela pública, gratuita y libre. Y todo ello con la idea clara de depositar en el maestro el símbolo del progreso de la nueva sociedad.

Los gobiernos del siglo XIX, aun sabedores que la construcción del estado nacional sólo se podía hacer a través de la escuela, descuidaron desde el principio la dignificación de la profesión como elemento fundamental de esa construcción. Sin embargo, aunque en las distintas etapas la profesión docente ha pasado por situaciones difíciles, siempre ha tenido el reconocimiento de la *autoritas* por parte de alumnos y padres. Esta especie de contrato no escrito entre los docentes y la sociedad se terminó de romper a causa de los profundos cambios sociales de la Transición Democrática de nuestro país.

La Transición trajo, junto con las ansias de libertad, otros comportamientos sociales que aparecían por primera vez en la sociedad española, como el de una mayor permisividad que afectó también al entorno familiar. Los padres variaron sus pautas educacionales y se empezaron a comportar como amigos de sus hijos relativizando sus comportamientos. Paralelamente, se produjo una dejación de funciones

de la familia en su responsabilidad como primer agente educador de los hijos. Esta labor ha pasado a ejercerla la escuela en medio de un ambiente hostil, ya que educar supone decir no, algo a lo que están poco acostumbradas las nuevas generaciones de alumnos.

El vacío que han dejado los padres en la educación de los hijos también ha sido ocupado por los medios de comunicación. El alumno ya no recibe la información sólo de la familia, el entorno y la escuela, sino a través de las ventanas de la información. Por estas ventanas se cuela cada vez más la violencia con lo que el alumno va conformando su cerebro con una serie de imágenes que no responden a la realidad pero, que a fuerza de ser repetidas una y otra vez, llegan a distorsionar su percepción, de forma que, realidad y ficción dejan de tener una frontera nítida.

El aumento del nivel de vida de las familias ha puesto mayores bienes de consumo a los alumnos. Esto ha generado una sensación en los más pequeños de que todo o casi todo lo que desean está al alcance de su mano. Al trasladar este patrón de comportamiento a la escuela sufre un choque brutal, pues tiene que respetar unas normas que limitan su libertad.

La violencia, el distanciamiento de las familias y la falta de apoyos de las Administraciones públicas han llevado al desprestigio de la labor docente a cotas inimaginables hace tan sólo unos años. Es momento pues de abordar de una vez la dignificación de la labor docente como elemento fundamental para volver a recuperar la motivación del profesorado en el ejercicio de la docencia, algo imprescindible para volver a dotar al sistema educativo de la función social que debe tener y que necesita imperiosamente la sociedad. Como dice el profesor Peces-Barba, los docentes «son la columna vertebral de la socialización y de la endoculturización de niñas y niños» y es tarea de toda la sociedad «apoyar, incentivar, ayudar y favorecer la tarea del maestro».

La escuela ante las nuevas demandas sociales

Carlos López Cortiñas. Secretario General de FETE-UGT

A lo largo de los últimos 25 años se han sucedido importantes cambios en nuestra sociedad a nivel político, económico, social y cultural. Obviamente estos cambios han afectado también a la familia y a la escuela.

Las nuevas formas de la vida familiar están poniendo a los niños en contacto con la cultura escolar cada vez a una edad más temprana. Por ello es fundamental arbitrar caminos operativos para hacer efectiva una acción coordinada. Entre la escuela y la familia debe existir una estrecha comunicación para lograr unificar criterios de actuación y de apoyo mutuo.

Los profesores tienden a hacer responsables a los padres de todo lo que el niño es y manifiesta en la escuela y opinan que, aunque los padres se preocupan por la educación de sus hijos, no hay una verdadera implicación, ni participación por parte de ellos en la escuela.

Los padres demandan a la institución escolar no sólo que enseñe, sino que asuma la guardia y custodia de los niños y de los adolescentes el mayor tiempo posible y opinan que las escuelas no han hecho los cambios sustanciales que se requieren de ella en estos momentos, lo cual nos atañe directamente a los docentes y a los responsables del sistema educativo.

No hay soluciones mágicas. A la escuela se le exige que se adapte a las nuevas demandas sociales, que oferte nuevos servicios pero no se incrementan proporcionalmente los recursos económicos ni humanos que serían precisos para llevarlos a cabo.

Una vez expuestas las dificultades con las que se encuentra la institución escolar en la actualidad es hora de proponer algunas soluciones. Nuestro sindicato entiende que la respuesta a las demandas familiares no puede abordarse exclusivamente desde los centros docentes ni puede recaer sobre el profesorado que trabaja actualmente en los centros.

La solución pasa por la acción coordinada de un conjunto de factores, que van más allá de la institución escolar y que podemos agrupar en dos bloques: avances en las políticas sociales encaminadas a hacer compatible la vida laboral y la familiar y medidas que han de tomar desde los centros escolares en colaboración con las Administraciones públicas.

Algunas de estas experiencias ya se llevan a cabo en determinadas comunidades autónomas; un ejemplo de ello es el programa de “Centros Abiertos”, que promueve la apertura de los centros fuera del horario lectivo para realizar en ellos actividades educativas, culturales, artísticas y sociales. De este modo los ayuntamientos aprovechan las instalaciones y los recursos de los centros educativos.

Lo que demandamos es que este tipo de programas de apertura de los centros sean una realidad en todas las comunidades.

En todo caso estas actividades extraescolares deben contemplarse en el proyecto educativo del centro y ser controladas y coordinadas por la dirección.

La contratación de estos profesionales debe ser hecha por las Administraciones públicas, evitando la existencia de empresas intermedias que abaratan los servicios a costa de imponer condiciones laborales precarias a los trabajadores que realizan esas funciones.

En ese sentido las Administraciones han de establecer acuerdos de cooperación con los centros para la organización de estas actividades. Además, los Ayuntamientos deberán disponer, a escala local o de distrito, de un cuadro estable de especialistas que realicen su trabajo en uno o varios centros de la demarcación.

Esta necesidad de nuevas figuras profesionales obliga a las organizaciones sindicales a participar en la definición de estos profesionales y analizar la formación específica que han de tener, clarificar sus funciones y sus condiciones laborales, promover la defensa de sus legítimos intereses laborales, y denunciar, en su caso, los contratos precarios.

Se trata, en definitiva, de que la institución escolar se adapte a las nuevas demandas sociales, pero que los docentes comprendan que no están solos en esta nueva andadura, sino que cuentan con un incremento de las políticas sociales, con la asunción de las Administraciones públicas de la parte que les corresponde y, sobre todo, con la implicación de los padres a lo largo de todo el proceso formativo de sus hijos. La suma de todos esos factores es la única manera de consolidar una verdadera educación.

La escuela en la sociedad actual

Francisco Vírseda García
Secretario General de FSIE

Principios de los que debemos partir:

- Que los padres son por derecho natural los primeros y principales responsables de la educación de sus hijos y sólo a ellos les compete la libre elección del tipo de educación que desean para ellos.
- Que los profesores somos los agentes fundamentales en la educación de nuestros alumnos.
- Que los centros deben respetar y observar el derecho a la educación, ofertando una educación de reconocida calidad y deben gozar de autonomía pedagógica, organizativa, académica y de gestión.
- Que los alumnos y alumnas son los destinatarios de todos los derechos y libertades educativas.

¿Qué escuela queremos?

- Una escuela al servicio de la educación y de las familias, como respuesta social al derecho que tiene toda persona a la educación que complemente la acción educativa de la familia.
- Una escuela donde la acción educativa tenga como objetivos prioritarios el desarrollo integral y armónico de todas las capacidades del educando, formándole en el respeto a los derechos y libertades fundamentales y preparándole para participar activa y críticamente en la vida social y cultural.
- Una escuela que promueva la educación para la libertad y fomente el respeto a la libertad de los demás, manifestando la aceptación del pluralismo en el ejercicio de las libertades democráticas y educando a los alumnos y alumnas para la solidaridad entre los hombres y los pueblos, abiertos a otras culturas, hacia una fraternidad universal.
- Una escuela que ofrezca el clima de reposo que permita a los alumnos madurar y tomar decisiones desde la reflexión.
- Una escuela libre, en definitiva, que no sea utilizada como instrumento de poder o lugar de adoctrinamiento.

Por todo ello, la educación del siglo XXI debe ser:

- Una educación en la que las personas crezcan conjuntamente, avancen hacia sí mismas y ganen en libertad.
- Una educación que imparta una formación completa, que se oriente más hacia el autoaprendizaje que a la transmisión del saber académico.
- Una educación que imparta una formación suficiente:
  - que permita dar respuesta adecuada a los problemas;
  - para pensar;
  - para identificar la información;
  - para seleccionar, con espíritu crítico, lo relevante;
  - para fijarse metas adecuadas;
  - que permita el reconocimiento del esfuerzo;
- Una educación que imparta una formación integral.

No hay la menor posibilidad de afianzar cualquier nueva dimensión del proceso educativo, si todas las partes implicadas no están preparadas para realizarlo.

Y los profesores, como agentes fundamentales de la educación de nuestros alumnos, en colaboración con los padres, hemos de ser objeto de una atención preferente por parte de las Administraciones educativas, de las organizaciones empresariales y de la sociedad.

Debe dedicarse especial atención a la mejora de la convivencia escolar de tal forma que, frente a modelos autoritarios, permisivos, injustos e ineficaces para afrontar el tema de la violencia en la escuela, se prevengan situaciones conflictivas mediante actuaciones educativas.

La escuela es un lugar privilegiado de integración y construcción social, por lo que debe crear actitudes favorables hacia una convivencia en paz y en armonía, enseñando a valorar la riqueza que aporta la diversidad, a la hora de convivir libre, pacífica y solidariamente, en una sociedad plural desde el punto de vista étnico, cultural y religioso. En este sentido el respeto mutuo debe ser un valor irrenunciable.

Potenciar la escuela pública

Augusto Serrano Olmedo. Secretariado de STES-intersindical

Nuestro sistema educativo, nuestra escuela pública, funciona bien, aunque puede y debe funcionar mejor. El alumnado adquiere los conocimientos y destrezas que le sirven para continuar estudiando en la Universidad o para incorporarse al mundo del trabajo y lo hace de una forma que se puede mejorar, que se debe mejorar, y para conseguirlo es necesario que la sociedad en su conjunto considere a la educación como la principal prioridad.

Con un Gobierno socialista, y aunque pueda haber algún tipo de crisis económica, las inversiones en educación deben aumentar y el sistema mejore sus infraestructuras y aumente sus recursos humanos y materiales. Pero para que esto sea así, el conjunto de organizaciones que defendemos la escuela pública tenemos que presionar al Gobierno para que el aumento de las inversiones en educación no se traslade a la enseñanza privada, como se está haciendo ya en algunas comunidades autónomas.

Hay que señalar que la octava potencia económica del mundo dedica a educación el 4,7% del PIB, y la media de los países de nuestra área es de 5,8%. Este porcentaje, que históricamente ha sido muy bajo en comparación con los otros países europeos, bajó en los años de gobierno del PP, lo que ha dado como resultado unas infraestructuras deficitarias para el servicio de calidad que se debe prestar y que la sociedad exige. España debe aumentar considerablemente su inversión en educación, como única manera de que nuestras infraestructuras educativas se sitúen en el nivel que nos corresponde; desde STES-i hemos propuesto llegar al 7% del PIB de inversión en educación en la legislatura actual. Sabemos que aunque el dinero por sí solo no garantiza un buen sistema educativo, sí que ayuda, y mucho, a conseguirlo.

Más dinero serviría para bajar el número de alumnos por aula, que es una de las medidas que de forma contrastada mejoran claramente los resultados escolares; la variedad y heterogeneidad del alumnado de los centros públicos exige que los gru-

pos sean menos numerosos. También serviría para contratar trabajadores sociales para agilizar y mejorar las relaciones de los centros con algunas familias, pues la disparidad de su interés por la educación de sus hijos e hijas y por sus problemas en el período de escolaridad exige que las plantillas de los centros se aumenten y se contraten otros profesionales distintos a los docentes, como son mediadores escolares, cuidadores–acompañantes, etc. Y para invertir en la formación del profesorado, y de las familias, claro. Es necesario mejorarla en aspectos como prevención y resolución de conflictos. Y para contratar más profesorado, lo que permitiría que éste tuviera tiempo para analizar la problemática del centro y poner en común soluciones, formas de actuar; potenciando la autonomía pedagógica de los centros.

Dado que la enseñanza concertada escolariza a poco más del 30% del alumnado, y que escolariza sólo al 18% de alumnado inmigrante y a un porcentaje muy escaso de alumnado con necesidades educativas especiales, podemos concretar que, en líneas generales, la escuela concertada selecciona a su alumnado y que las administraciones lo permiten; y este es el verdadero problema: que los poderes públicos financien la escuela privada y le permitan rechazar o no admitir alumnado con algún tipo de problema.

Todo el alumnado tiene derecho a escolarizarse en la escuela pública y no creemos que “repartir” al que pueda parecer problemático deba ser un objetivo ni de las administraciones ni de las organizaciones que defendemos la escuela pública; los STES propugnamos que el Gobierno central y las consejerías de Educación no propicien guetos concentrando a este alumnado en los mismos centros públicos. Los centros que escolaricen este tipo de alumnado deben ser dotados con medios humanos y materiales de tal forma que se pueda impartir una educación de calidad; esto debe hacerse realidad y no ser sólo una frase que hacen suya los responsables políticos de la enseñanza y que rara vez cumplen.

Por otro lado, hay que señalar que las administraciones deben dar prioridad a la planificación educativa sobre el pretendido “derecho de elección de centro”; deben existir Comisiones de Escolarización en todos los municipios y barrios de las grandes ciudades, comisiones que deben recibir la documentación de petición de centro y hacer la asignación de las plazas escolares; deben adoptarse medidas concretas para conseguir la eliminación de las prácticas selectivas, como el cobro de cantidades económicas por determinadas actividades que se hacen dentro del horario lectivo.

Quiero señalar que los STES consideramos que la escuela es un lugar para la enseñanza y el aprendizaje, para la educación y no para el adoctrinamiento en cualquier confesión religiosa; el estudio de la religión como fe, como confesión religiosa, no debe estar dentro del currículo escolar. Para conseguir que la escuela sea laica, la religión debe salir del currículo escolar y del horario lectivo y para que esto sea posible es necesario que el Gobierno denuncie los Acuerdos con el Vaticano. Acuerdos que, es bueno recordarlo, establecen no sólo que la religión católica es de oferta obligatoria para todos los centros, sino que su artículo 1º especifica que «En todo caso, la educación que se imparta en los centros docentes públicos será respetuosa con los valores de la ética cristiana»; en la enseñanza del siglo XXI sería poco científico, poco serio, que asignaturas como Biología, Ciencias Naturales, Educación para la Ciudadanía…, tuvieran que darse impregnadas de esa ética, pues se tendría que hablar, por ejemplo, de creacionismo y no de evolución, del matrimonio como indisoluble…

En los próximos años, el conjunto de la sociedad, los poderes públicos, deben potenciar la escuela pública, la que está en todos los pueblos y ciudades y en todos los barrios y aldeas, y a la que acude la mayoría del alumnado de todo el Estado, la que hace de la etapa de escolarización obligatoria una etapa de convivencia entre escolares, con los iguales y con los distintos; una etapa que sirve para el reconocimiento mutuo, para la valoración entre los que son distintos, una etapa que contribuye con esta convivencia al mejor desarrollo democrático de una sociedad que cada día es más diversa, más múltiple, más plural. Esta escuela es la que deben potenciar los poderes públicos.

¿Son los docentes los protagonistas de la educación?

Antonio Amate Cruz
Secretario General de la Federación de Enseñanza de USO

Una reciente encuesta de la FAD y la Obra Social de Caja Madrid, dada a conocer a mediados del mes de julio, contiene una valiosa información que permite conocer cuál es el estado de ánimo de los docentes españoles. Personalmente, la conclusión que más me ha llamado la atención es la que afirma que «el discurso predominante en los docentes es claramente crítico y pesimista, alimentado de quejas y reclamaciones». No hay más que darse una vuelta por cualquier centro educati-

vo y charlar un rato con los profesores de todos los niveles para darse cuenta de esta realidad, que debería ser tenida más en cuenta a la hora de propiciar cambios legislativos o medidas que afecten directamente a su trabajo. A pesar de este pesimismo, contagioso, y de un escepticismo que lleva a desconfiar, especialmente, de las Administraciones educativas, encontramos entre los docentes una gran pasión por su trabajo y unas enormes ganas por hacer las cosas bien. Todos y todas conocen la relevancia y trascendencia de su trabajo, clave para que las sociedades mejoren y evolucionen; y aunque les gustaría —lo dicen todas las encuestas, también la de la FAD— que su trabajo tuviese un mayor reconocimiento social, continúan creyendo en la educación como palanca para el cambio social, aunque la sociedad no valore su dedicación.

El pasado mes de abril, la Federación de Enseñanza de USO celebró su V Congreso Estatal. El lema elegido para la ocasión fue "Prestigiar la enseñanza. Nuestro trabajo". Los trabajos y conclusiones de este Congreso iban encaminados a mejorar este importante aspecto, pues en la actualidad, por diferentes factores, no cuenta con la suficiente credibilidad, confianza, reconocimiento y apoyo social. En nuestro Congreso se hizo un reconocimiento explícito de los docentes como principales protagonistas de los retos que la educación tiene planteados, a la vez que destacamos también el papel esencial —no siempre suficientemente valorado ni laboral ni salarialmente— del Personal de Apoyo y de Orientación y del Personal de Administración y Servicios. Tomando como punto de partida una de las más importantes conclusiones del Informe de la consultora McKinsey dado a conocer a finales del año pasado, «la calidad de un sistema educativo no puede ser mejor que la de sus profesores». Habría que dar muchas vueltas a esto.

Y por aquí deberían ir encaminadas todas las políticas educativas si lo que se desea de verdad es mejorar la calidad de enseñanza. A menudo observamos, sin embargo, que las cosas no se hacen bien. Muchas medidas se hacen incluso a espaldas de los docentes, con los que apenas se cuenta para nada. Desde hace años estamos inmersos en una vorágine legislativa que ha provocado hastío y cansancio en los profesores, hartos de ver —se dice también en el informe de la FAD y la Federación de Enseñanza de USO lo viene denunciando desde hace tiempo— cómo la educación se utiliza como un arma política arrojadiza, como

un capricho también de los políticos para influir a su antojo —¿manipular?— en la sociedad. Desde todos los frentes se reclama un Pacto Social por la Educación que acabe con estos vaivenes y que sitúe a la educación española en la senda del sentido común, que falta hace si lo que queremos es que nuestros alumnos se formen de la mejor manera como personas y como ciudadanos.

Lo que vemos, decía, no nos gusta. Y los que pagan las consecuencias son los alumnos. Me ha convencido una de las afirmaciones que hace el profesor José Sánchez Tortosa en su reciente libro *El profesor en la trinchera* (La Esfera): a los alumnos actuales «les faltan numerosas claves culturales esenciales para entender el mundo y sus manifestaciones». La total ausencia de referentes les lleva a ser esclavos de los tópicos, de lo que se dice en la tele y en los medios de comunicación, de lo políticamente correcto. Peor aún, incluso se les alimenta, sin base alguna, un rechazo hacia cuestiones de vital importancia, que los alumnos pueden llegar a considerar como un vicio reaccionario. Por eso, Sánchez Tortosa, con acierto, define a los alumnos actuales como «consumistas contra el consumo, capitalistas contra el capital». No son este tipo de alumnos los que deberían salir de nuestras aulas.

Para ello, insistimos, hay que contar con la opinión de los profesores y sus representantes. Y enfocar el sistema educativo para que los profesores recobren el protagonismo que nunca deberían de haber perdido. Si no se hace esto, va a resultar complicado que la educación española esté a la altura de las circunstancias y sepa formar a nuestros alumnos en los retos educativos, que no son pocos, que hoy tiene planteados. Y para alcanzar estos objetivos, ambiciosos, no es necesario aplicar una política de rebajas sino mantener alto el listón de la exigencia y de la calidad, pensando siempre en los alumnos. A los políticos les escuecen los datos y las estadísticas, y van a intentar camuflarlos como sea. Por desgracia, los efectos del fracaso escolar no pueden reducirse a meros porcentajes para salvar la cara política y mediática.

LA **VISIÓN** DE LOS **PADRES**

La educación. Un proyecto colectivo

Pedro Rascón Macías. Presidente de la Confederación Española
de Asociaciones de Padres y Madres de Alumnos (CEAPA)

Vivimos un momento muy complejo, y a la vez enriquecedor, en el cual educar es extremadamente complicado. Tenemos un escenario social que cambia de manera constante y acelerada. El concepto de familia se ha transformado y hablamos de familias, en plural, por su composición diversa. Los adultos que forman una familia, trabajan fuera del hogar y mayoritariamente tampoco tienen el apoyo de los abuelos o una familia extensa. La incorporación masiva de la mujer al ámbito laboral, la irrupción de Internet y otras tecnologías de la información y de la comunicación y la configuración de una sociedad más plural y diversa, con aproximadamente un 10% de la ciudadanía procedente de otros países y con quienes convivimos, son algunos de los aspectos más importantes de esta nueva sociedad.

Entre los factores que más nos inquietan a los padres está la vinculación del tiempo de ocio al consumo, la transmisión por parte de los medios de comunicación de determinados contravalores, como el “triunfo fácil” y la consecución de la fama sin esfuerzo, impulsando valores que van en la dirección contraria a lo que padres y madres deseamos.

El profesorado no ha sido formado para esta nueva sociedad, que requiere nuevos recursos pedagógicos para atender a la diversidad de alumnado en cuanto a moti-

vaciones, capacidades, orígenes socioeconómicos y culturales. La formación de gran parte del profesorado es del siglo XX para un alumnado y unas necesidades del siglo XXI. La organización y funcionamiento de la escuela también se ha quedado obsoleta ante cambios tan acelerados, convertida en una isla desconectada de los procesos sociales que existen en su entorno.

A las madres y los padres nos sucede lo mismo, no estamos preparados para este nuevo escenario, y se nos ha reprochado el hecho de dimitir de nuestras responsabilidades educativas a favor de la escuela, ignorando que tenemos graves problemas para conciliar vida familiar y laboral, y que hay otros agentes que intervienen directamente en la educación, como Internet y otras tecnologías de la información, para los cuales no estamos formados. Es cierto que la sociedad ha traspasado a la escuela demasiadas cargas educativas, pero no es menos cierto que tanto familias como escuela nos hemos visto sobrepasados por todos estos cambios sociales.

Sería mucho más deseable una mayor participación de los padres y madres en el sistema educativo, que muchos padres dieran el salto y participaran en el centro, y asumieran que lo que allí sucede también es de su competencia. Pero tampoco hay que olvidar que un sector del profesorado desconfía de la intervención de los padres y madres en la vida de la escuela y que recela del trabajo de las asociaciones de madres y padres del alumnado, cuando en realidad debería observarnos como aliados, como un apoyo a su labor educativa.

Por fortuna, con el paso de los años, madres, padres y profesorado nos hemos ido dando cuenta de que, ante los retos que tenemos planteados en esta sociedad del siglo XXI (tan diferente a la que nos tocó vivir cuando nosotros éramos niños), no podemos educar cada uno en una dirección distinta y seguir utilizando los mismos métodos que hace unas décadas.

Hemos sacado la conclusión de que debemos trabajar juntos. Además, estamos reconociendo nuestra vulnerabilidad y pedimos la implicación de toda la sociedad, porque todos educamos.

Educan los padres o tutores, el profesorado, los compañeros de clase, el conserje, los medios de comunicación, la asociación del barrio o municipio, organizaciones como la FAD, el ayuntamiento con sus actividades, etc. La educación es un proyecto colectivo, y cuando existe continuidad educativa entre todos los contextos en los que participa la infancia y la adolescencia, cada uno de ellos amplifica

sus posibilidades educativas. Por supuesto, existen diferentes percepciones sobre cómo educar, pero debemos hacer el esfuerzo de dialogar y ponernos de acuerdo.

A la par, la institución escolar también debería abrirse, mediante proyectos educativos integrales, realistas y coherentes, a toda la comunidad educativa y social, a los recursos y profesionales del entorno, y a los colectivos con grandes dificultades y que requieren medidas específicas.

El fracaso escolar y los problemas de convivencia que tanto preocupan a nuestra sociedad hoy requieren más inversión en la escuela pública, pero, por encima de todo, una mayor colaboración entre las familias y la escuela, que sería el núcleo de una sociedad educadora en su conjunto, porque la educación es un proyecto colectivo.

La participación de los padres en la escuela

Roberto Caramazana Araujo. Secretario General de la Confederación Católica Nacional de Padres de Familia y Padres de Alumnos (CONCAPA)

Cuantas veces se nos pregunta por cuál es la visión de la escuela en la sociedad actual, a mi organización se le plantean dos visiones distintas ante una misma realidad social.

La primera y más acorde a lo que generalmente se quiere oír, la escuela actualmente es consecuente con los cambios sociales, con los nuevos retos, con un índice medio bajo de conflictividad, con unas capacidades de medios aceptables…, es decir, una escuela sana y en progresión.

La segunda, y con los pies más pegados a la tierra, vemos una escuela que ha evolucionado hacia los nuevos cambios sociales pero no con la rapidez que éstos se producen, ni con los medios ni con la preparación de los profesionales en la educación, que son los maestros, y mucho menos con el apoyo de éstos por parte de la administración, de los usuarios (alumnos) y ni tan siquiera de los padres.

Si se quiere analizar la situación de los docentes, la visión generalizada, desde el punto de vista de los padres preocupados por la educación de sus hijos, es de indefensión total ante los alumnos que son conocedores de sus derechos tanto en el ámbito escolar como en cuanto a la minoría de edad y que ejercen como tales. Tienen poco o nulo reconocimiento ante la sociedad y las autoridades educativas no les prestan el apoyo suficiente ni les dan los medios ni las pautas para que puedan ejercer su función dentro de las aulas. Últimamente tampoco tienen el respaldo de un sector de padres que ha llegado, incluso, a las agresiones físicas.

Con estos apuntes se puede dar la impresión de ser catastrofista, pero hay que observar las encuestas de la problemática de los docentes, donde se aprecia que un 13% de profesores recibe el acoso e insultos por parte de los alumnos y un 17% por parte de los padres; que un 70% de docentes denuncia tener problemas para impartir las clases con normalidad, y así un largo etcétera que se puede ver reflejado en dichas encuestas. Cómo será la situación general, que se ha creado el teléfono del defensor del profesor, que ha recibido multitud de llamadas de todos los niveles educativos tanto de la enseñanza pública como concertada, habiendo dado lugar a que gracias a este sistema se abra un debate social sobre la conflictividad en las aulas y que las autoridades educativas empiecen a prestar mayor atención a este problema que sufren los profesores y, consecuentemente, la escuela.

En cuanto a los padres, cada vez más familias ceden su derecho irrenunciable de ser los principales educadores de sus hijos y dejan en manos de la escuela y de los profesores tareas que no son su competencia. A la escuela asiste y llega lo que desde las familias enviamos.

Con la entrada de nuestros hijos en un centro educativo, los padres nos convertimos en integrantes naturales de la comunidad escolar. Comunidad que no debemos entender como la suma de profesores, padres y alumnos sin más, sino como los esfuerzos, proyectos y acuerdos debatidos y consensuados por los tres sectores para lograr una enseñanza integral y de calidad.

En la formación de un alumno, en su desarrollo personal, los tres sectores implicados son fundamentales y esenciales.

Si se habla continuamente de educación integral, ¿cómo podrían ir la familia y el centro escolar por caminos divergentes? Para entendernos todos, podemos comparar la educación con el ferrocarril. Los padres somos un rail, los profesores el otro

y los alumnos, el tren. Solamente llegará el tren a la estación deseada si los carriles permanecen paralelos. La divergencia de los mismos sería el accidente. Es decir, los padres y los profesores deben llegar a un mismo objetivo pero cada uno con su misión clara y determinante.

Sabemos que la presencia de los padres en los centros educativos es escasa. Sabemos que existen factores que han contribuido a que un 80% de los padres no aparezcan por ellos, ni siquiera para interesarse por la marcha de los estudios de sus hijos. Existía, por una parte, el aislamiento de los centros y su funcionamiento como institución cerrada; por otra, la idea de muchos padres de considerar que los centros tenían todos los instrumentos necesarios para garantizar su formación; y como colofón, el desconocimiento total del mundo educativo en el que sus hijos estaban inmersos.

Por ello, la participación de los padres en la vida escolar debe comenzar como una colaboración estrecha con los profesores de sus hijos y nunca en un plano de competencia entre ambos, pues el interés que persiguen es el mismo: la educación de sus hijos y alumnos. Padres y profesores deben mantener una relación directa y colaborar estrechamente si quieren que sus fines educativos se cumplan. Sin inmiscuirse innecesariamente los unos en el terreno de los otros, sin recelos ni desconfianza, pudiendo ayudarse mutuamente, enriqueciéndose cada uno, con las aportaciones del otro.

No se quieren terminar estas líneas de reflexión dejando una idea de catastrofismo, tan sólo de preocupación, con la esperanza puesta en la lucha que día a día responsablemente hacen y hacemos los que formamos parte de la comunidad educativa, cada uno desde su responsabilidad, y cada uno con la ilusión puesta en los que creemos que la escuela forja personas con la colaboración de los únicos y verdaderos educadores de nuestros hijos que somos los padres.

La FAD y el homenaje al maestro

Estrategias educativas para la prevención de conductas de riesgo

Para hacer su camino, la humanidad, persona a persona, generación a generación, ha tenido que ir transmitiendo a sus miembros los valores necesarios para vivir en sociedad. Cada recién nacido debe incorporar la experiencia de todo un mundo anterior para instalarse en esa cadena de progreso y, en ese sentido, podría afirmarse que la historia de la humanidad es la historia de la educación.

El niño desde el momento de su nacimiento está sometido a un proceso de aprendizaje no solo de las normas sociales y de los conocimientos y habilidades útiles para su vida, sino también de una cultura y de unos valores, que se configuran como mecanismos de control social, tanto externos como internos en la medida en que hayan sido interiorizados por la persona.

La educación es algo que se produce de forma inevitable en todo momento y lugar, ya que el niño y el adolescente aprenden de todo lo que ven y oyen y su propia experiencia va configurando su personalidad y su forma de ver el mundo y de relacionarse con los demás. Quiérase o no, es imposible no educar, pero, normalmente, cuando nos referimos a la importancia de la educación pensamos en educar bien, es decir, en un proceso intencional para transmitir al niño no sólo los conocimientos y habilidades prácticas para su vida, sino también las normas sociales y culturales, así como determinados valores que se consideran necesarios para su desarrollo personal y para un adecuado desempeño social.

La educación, tarea de todos

Por ello, ante la aparición de cualquier problema, dificultad o conflicto social es frecuente invocar la educación como solución y sobre esa necesidad se construyen elaborados discursos que se someten a un debate político y social que rara vez se cierra definitivamente, que se reedita constantemente y que suele tener un efecto tranquilizador de las conciencias por cuanto supone trasladar o delegar la responsabilidad en otros. Pero lo cierto es que la importancia que a nivel de formulación

teórica se concede a la educación no suele tener un reflejo adecuado en la consideración, respaldo y compromiso que la sociedad presta a las personas que asumen la importante función de educar a nuestros niños y adolescentes y que además deben hacerlo en unos momentos y en una sociedad tan compleja y diversa como la actual.

Educar es tarea de todos —como dice José Antonio Marina, para educar a un niño hace falta la tribu entera— y cada uno debe asumir su responsabilidad en la parte que le corresponda y el ideal sería que todos los agentes implicados actuaran de forma coordinada, reforzándose mutuamente, aunque, tal vez, estemos planteando una pretensión utópica.

Cuando periódicamente se publican los informes PISA sobre el grado de conocimientos y habilidades de nuestros alumnos para la lectoescritura y comprensión de textos o para las matemáticas y las ciencias, inevitablemente se resaltan las insuficiencias y se plantea lógicamente el gran debate sobre la calidad de la enseñanza. Y, si el debate sobre conocimientos y habilidades está plenamente justificado por su importancia y trascendencia, también deberían preocuparnos en igual medida las cuestiones relacionadas con la educación en valores con el fin de crear personalidades más críticas y reflexivas, de capacitar a nuestros niños y jóvenes para decidir de forma libre y autónoma, de prepararles para manejar adecuadamente los factores y las situaciones de riesgo psicosocial a las que inevitablemente deberán enfrentarse.

El principal agente en este proceso educativo, especialmente en los primeros años de vida, es la familia, que, a través de la asignación de cometidos y de papeles sociales y en un ambiente marcado por el afecto, tiene una especial relevancia en la conformación de la personalidad y en la transmisión de pautas de comportamiento.

Las familias, en cualquiera de sus fórmulas culturales, han protegido siempre y orientado a sus miembros, ayudándoles a integrarse y enseñándoles las formas de sobrevivir; y las sociedades, por su parte, han creado recursos y maneras de reforzar la tarea educativa de las familias. Educar es tan necesa-

rio socialmente que la función no puede quedar circunscrita exclusivamente a la responsabilidad de los grupos familiares, por mucho que éstos sean esenciales. La educación es tarea de todos y, desde siempre y tanto más cuanto más complejas se hacen las sociedades, han aparecido instituciones y personas en las que se depositaba de manera especial ese trabajo tan fundamental.

Por ello surgen personas y organizaciones formales específicamente dedicadas a la preparación de los niños para la vida adulta, facilitándoles habilidades y conocimientos prácticos, ayudándoles en la formación de su personalidad y reforzando la transmisión de valores, que vienen a complementar e impulsar la educación recibida en el entorno familiar. En la escuela el niño entra en relación estrecha con otros adultos —los educadores— y con otros niños con los que construye grupos informales de compañerismo y afectos y lealtades y es en ese ámbito en el que empieza a adoptar una posición más activa y autónoma y donde empieza a forjarse su individualidad.

Los compañeros, el grupo de pares, permiten una experiencia más igualitaria y proporcionan la oportunidad de explorar nuevos ámbitos de acción que le estaban vedados en sus relaciones con la familia y con otros adultos y acaban teniendo una importancia e influencia extraordinaria en el proceso de formación y socialización de los adolescentes.

En la sociedad actual los medios de comunicación expresan y ejemplifican a su vez modelos de conducta y valores no siempre coincidentes con los anteriores, pero que influyen no sólo en los niños sino también en los propios adultos. En una reciente investigación de la FAD, *La brecha educativa,* los padres consultados manifestaban la necesidad de formar a los niños en los valores que podríamos calificar de ideales — respeto, tolerancia, solidaridad, etc.—, pero al tiempo expresaban que los que realmente transmitían eran otros más utilitaristas y prácticos con el fin de preparar a sus hijos para triunfar en una sociedad muy competitiva. En ese mismo estudio, padres y profesores apelaban a la ineludible necesidad de que exista una estrecha colaboración entre la familia y la escuela, pero unos y otros coincidían en señalar que se trataba de una asignatura pendiente.

Los valores como los hábitos se aprenden de los padres y los educadores no solo en función de los preceptos explícitos sino también a través del ejemplo, pero, además, todo ello pasa por el tamiz de las interacciones grupales y por la influencia de los medios de comunicación y por los modelos asentados en la sociedad. El niño,

al igual que el adulto, es sensible a las opiniones de los demás, a los juicios y reacciones que provoca su conducta y éstas contribuyen también al aprendizaje de las normas sociales y se convierten en un factor de control social.

La FAD y la educación

La Fundación de Ayuda contra la Drogadicción entiende que prevenir los consumos de drogas no puede limitarse a advertir de los riesgos. Siendo esto necesario, es preciso ir más allá. Prevenir exige apoyar el desarrollo de las personas y de los grupos sociales, especialmente los jóvenes, tratando de generar espacios de mayor libertad. Libertad que hay que entender como la capacidad de ser autónomos, de tener más opciones vitales, de ser capaz de organizar la propia vida.

La FAD, a partir de su experiencia en la prevención de los problemas derivados de los consumos de drogas y secundariamente de otras conductas de riesgo social, ha llegado al convencimiento de que es preciso abordar esas tareas preventivas desde la niñez y continuarlas a lo largo del tiempo con enfoques adaptados específicamente a cada tramo de edad.

El inicio de esta capacitación educativa en la etapa infantil es clave. Una adecuada educación en valores puede constituir una importante barrera ante multitud de factores de riesgo. La autoestima, el autocontrol, la empatía, el aplazamiento de la recompensa, el respeto al propio cuerpo, etc., permiten que el joven sea más dueño de sus propias actitudes y comportamientos y que tenga más posibilidades de elegir en libertad, sabiendo manejar mejor los riesgos que inevitablemente deberá enfrentar y que están relacionados con comportamientos conflictivos para él mismo o para los demás: consumo de drogas, violencia, intolerancia, xenofobia…

La educación es un proceso largo en el tiempo, pero lo no realizado en la etapa infantil nos hace más vulnerables y difícilmente se puede recomponer en etapas posteriores. En la etapa infantil, el maestro es una pieza fundamental en la construcción de la personalidad del niño, en la transmisión de valores que más tarde serán fundamentales.

El maestro y la familia

Como ya se ha señalado, durante el período inicial de la vida, la familia y el maestro actúan como los principales referentes educativos para ceder luego protagonismo al grupo, a los medios de comunicación, a la publicidad, etc., que introducen otras pautas de comportamiento e influyen notablemente en el individuo.

Tradicionalmente la familia era el principal agente en la educación de los niños y niñas, pero, en los momentos actuales, muchos padres y madres se encuentran desorientados, confusos e inseguros ante las nuevas realidades que viven sus hijos, lo que, unido a la creciente complejidad de la vida familiar, hace que tiendan a delegar la responsabilidad educativa en la escuela y en los educadores.

Pero la escuela se ha convertido también en un terreno minado. No se trata sólo de la complejidad derivada de los fenómenos multiculturales y étnicos, sino sobre todo de la crisis de autoridad en la que se encuentra el profesorado, al que cada vez se le exige más sin proporcionarle los recursos y el apoyo social que precisa. Muy a menudo el educador no se ve reconocido ni recompensado y esto provoca cansancio emocional y puede dar al traste con la vocación docente.

El papel educador alcanza una singular importancia en un escalón de la enseñanza que no siempre se considera y valora en la forma adecuada: la etapa infantil, que es donde realmente se gestan las actitudes de trabajo, relación, convivencia y los hábitos de diversión, respeto a los otros con independencia de sexo, religión y raza, rechazo de la violencia, autoestima y autocontrol, condiciones todas ellas necesarias para hacer frente y eludir las situaciones de riesgo.

Homenaje al maestro

A partir del convencimiento de la decisiva importancia de la labor que nuestros docentes desarrollan, y de la necesidad de que ésta sea reconocida, valorada y apoyada por el conjunto de la sociedad, la FAD instituyó en 2004 el ***Homenaje al Maestro*** cuyo día conmemorativo se celebra el 30 de septiembre. Desde entonces, viene celebrándose anualmente con un conjunto de actos públicos.

El Homenaje persigue los siguientes objetivos:

1. Destacar la importante labor educadora que cumple el maestro, quien, junto a la familia, es el primer formador en valores.
2. Resaltar la importancia extraordinaria que una buena educación y formación tiene a la hora de prevenir situaciones de riesgo (consumo de drogas, violencia, sexismo, racismo, etc.).
3. Crear conciencia y sensibilizar a la sociedad sobre la relevancia del papel del maestro como educador y prestigiar su figura y su función.
4. Reforzar la coordinación y el apoyo mutuo entre la familia y la escuela.
5. Reclamar el apoyo y compromiso de la sociedad con el maestro y con las funciones que desarrolla.
6. Agradecer a todos los maestros y maestras la labor realizada y la que la sociedad les pide que sigan realizando.
7. Promover la recuperación de la ilusión y la alegría de los maestros y maestras por la función que desarrollan.

En 2004 la FAD lanzó la campaña de Homenaje al Maestro con el eslogan "Agradéceles hoy, lo que te enseñaron ayer"

Campaña de Homenaje al Maestro de 2007

El eslogan de la campaña de 2008 fue "Todos tenemos alguien a quien agradecer lo que somos"

Premio a la acción magistral

FUNDACIÓN DE AYUDA
CONTRA LA DROGADICCIÓN

UNESCO

BBVA

Con la colaboración de Renfe e Iberia. Transportistas oficiales.

La FAD es consciente de la existencia de gran número de docentes que, movidos por su implicación y compromiso con los alumnos, han puesto en marcha proyectos y experiencias educativas dirigidas a promover el desarrollo personal y comunitario de los niños que, por su naturaleza, pueden contribuir y ser útiles para la prevención de las conductas de riesgo, entre ellas los consumos de drogas y sus consecuencias.

La FAD entiende que es conveniente reconocer y trasladar al conjunto de la sociedad el esfuerzo y dedicación de los docentes que, más allá de sus obligaciones formales, derrochan imaginación para elaborar propuestas de acción novedosas, para desarrollar esquemas de trabajo en equipo con sus compañeros de claustro, que son capaces de implicar a sus centros y en muchas ocasiones a las familias de los alumnos y a organizaciones sociales de su comunidad. Docentes resistentes al desánimo y a las dificultades, que son un ejemplo de implicación y de ilusión.

Por ello, la FAD, conjuntamente con la Comisión Española de Cooperación con la UNESCO y BBVA, decidió en 2005 convocar el Premio a la Acción Magistral con el fin de reconocer y dar a conocer a la sociedad los proyectos y experiencias educativas que se desarrollan en centros escolares españoles.

El Premio se dirige a los profesores de los centros escolares de Infantil y Primaria, congruentemente con la importancia que las entidades convocantes conceden a la educación en valores iniciada en la etapa infantil como factor de protección frente a las conductas de riesgo social.

Los proyectos que opten al Premio deben encontrarse en ejecución y deben centrarse en el apoyo al desarrollo de la personalidad del niño, la transmisión de valores prosociales (respeto, tolerancia, igualdad, etc.), en la promoción de actitudes favorables a la salud, favorecer la empatía y la autoexpresión emocional y favorecer la colaboración familia/escuela.

El Premio a la Acción Magistral, que ya se encuentra en su quinta edición, cuenta con un amplio respaldo de la comunidad educativa. En su convocatoria, difusión y proceso de evaluación de las candidaturas colaboran el Ministerio de Educación y las Consejerías de Educación de las distintas Comunidades Autónomas, así como los Sindicatos y Asociaciones de Profesores y las Confederaciones de Madres y Padres de Alumnos más representativas.

Los proyectos presentados en las distintas convocatorias cuentan todos ellos una gran calidad e implican a gran número de profesores, alumnos y, en muchos de los casos, a sus familias. A lo largo de las cuatro convocatorias del Premio, los proyectos presentados han abordado temas como la educación en valores, la convivencia

escolar, el desarrollo de la personalidad del alumnado, la educación para la salud y la promoción de hábitos saludables, la prevención de conductas de riesgo social, el fomento de los valores del deporte y el respeto a la diversidad, la interculturalidad, la igualdad y prevención de la violencia de género, la alfabetización afectiva y la educación de los sentimientos, la superación del absentismo y el fracaso escolar en entornos deprimidos, etc. Propuestas todas ellas abordadas de forma imaginativa y creativa.

En la convocatoria de 2008 optaron al Premio 216 proyectos, desarrollados por cientos de profesores, y en la gran mayoría de ellos colaboraban igualmente sus familias. En 2007 se alcanzaron 192 candidaturas al Premio a la Acción Magistral; en 2006, 72 proyectos optaron al Premio; y en la edición de 2005, 28.

Los proyectos presentados entre 2005 y 2008 implicaban a más de 2.900 profesores y de 100.000 alumnos, contando en muchas ocasiones con la colaboración activa de las familias y de organizaciones sociales arraigadas en la comunidad de referencia.

Proceso de evaluación

El proceso de evaluación de los proyectos que optan al Premio es muy riguroso y exigente y se desarrolla en varios niveles. La Oficina Técnica del Premio, encomendada a la Fundación Pere Tarrés, elabora un primer informe de cada uno de ellos y luego en cada Comunidad Autónoma una Comisión de Evaluación, presidida por la respectiva Consejería de Educación e integrada por representantes de la comunidad educativa, selecciona las mejores propuestas y las remite a una Comisión de Evaluación Estatal.

La Comisión de Evaluación Estatal está compuesta por las organizaciones más representativas de la comunidad educativa: sindicatos y asociaciones de profesores (ANPE, CSI-CSIF, FE-CCOO, FETE-UGT, FSIE, STES y USO) y asociaciones de padres y madres (CEAPA y CONCAPA); por la alta Inspección del MEC; y por las instituciones convocantes.

Esta Comisión propone al Jurado los proyectos que, a su juicio, son los más destacados y, por tanto, acreedores al Premio. Finalmente, un Jurado integrado por des-

tacadas personalidades del mundo educativo y social elige el proyecto ganador y puede también, en caso de considerarlo necesario, conceder menciones honoríficas.

En la primera edición del Premio a la Acción Magistral, el Jurado estuvo formado por:

- D. Alejandro Tiana, secretario General de Educación y Presidente de la Asociación Internacional para la Evaluación del Rendimiento Educativo.
- Dª. Marta Mata, Presidenta del Consejo Escolar del Estado.
- D. Julio Iglesias de Ussel, ex secretario General de Educación.
- D. Álvaro Marchesi, ex secretario de Estado de Educación.
- D. José Antonio Marina, filósofo y catedrático.
- Dª. Rosa Regás, directora de la Biblioteca Nacional.
- Dª. Victoria Fernández, directora la revista CLIJ y especialista en literatura infantil y juvenil.
- D. Pablo Barrios, secretario General de la Comisión Española de Cooperación con la UNESCO.
- D. José Ángel Moreno, director del Departamento de Responsabilidad Social Corporativa de BBVA.
- D. Ignacio Calderón, director general de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.

El Jurado del Premio de la convocatoria 2006, reunido el 27 de septiembre de 2006, estuvo formado por:

- D. Alejandro Tiana, secretario General de Educación y Presidente de la Asociación Internacional para la Evaluación del Rendimiento Educativo.
- Dª. Carmen Maestro, Presidenta del Consejo Escolar del Estado.
- D. José Antonio Marina, filósofo y catedrático.
- D. Julio Iglesias de Ussel, ex secretario General de Educación.
- D. Álvaro Marchesi, ex secretario General de Educación.
- Dª. Margarita Salas, bióloga del Centro de Biología Molecular “Severo Ochoa”.
- Dª. Consuelo Vázquez, directora de Programas de la Comisión Española de la UNESCO.
- D. José Ángel Moreno, director de Responsabilidad Social Corporativa de BBVA.
- D. Ignacio Calderón, director general de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.

En la convocatoria 2007, el Jurado del Premio, reunido el 25 de septiembre de 2007, estuvo compuesto por:

- D. Alejandro Tiana Ferrer, secretario General de Educación.
- Dª Carmen Maestro, Presidenta del Consejo Escolar del Estado.
- D. Julio Iglesias De Ussel, ex secretario General de Educación.
- D. José Antonio Marina, filósofo y catedrático.
- Dª Margarita Salas, bióloga del Centro de Biología Molecular "Severo Ochoa".
- Dª Aurora Díaz-Rato, directora general de Cooperación con Iberoamérica de la AECI.
- Dª Consuelo Vázquez, directora de Programas de la Comisión Española de la UNESCO.
- D. Antonio Ballabriga, director de Responsabilidad Social Corporativa de BBVA.
- D. Ignacio Calderón Balanzatequi, director general de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.

Finalmente, el Jurado de la cuarta edición del Premio a la Acción Magistral, estuvo integrado por:

- Dª Eva Almunia, Secretaria de Estado de Educación.
- Dª Carmen Maestro, Presidenta del Consejo Escolar del Estado.
- D. José Antonio Marina, filósofo y catedrático.
- D. Julio Iglesias de Ussel, ex secretario General de Educación.
- D. Álvaro Marchesi, secretario General de la OEI.
- Dª Consuelo Vázquez, directora de Programas de la Comisión Española de la UNESCO.
- D. Antonio Ballabriga, director de Responsabilidad Social Corporativa de BBVA.
- D. Ignacio Calderón, director general de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.

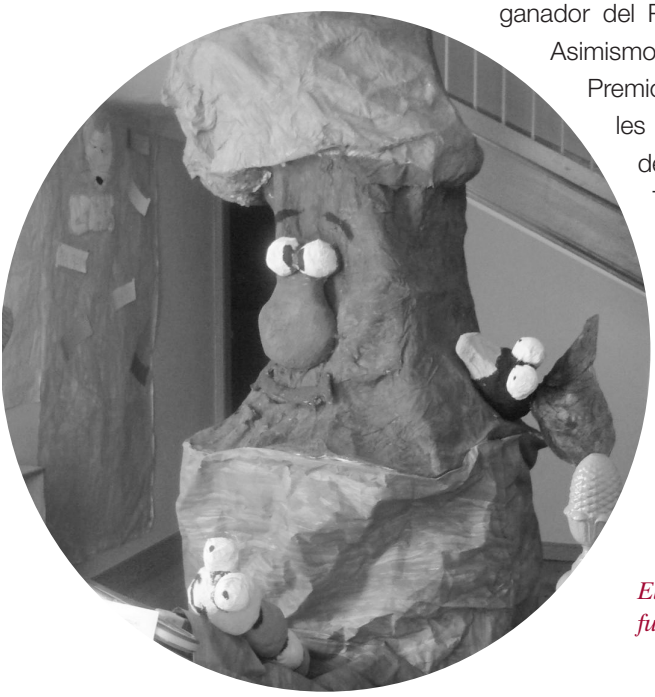
Proyectos galardonados

El ganador del Premio a la Acción Magistral 2008 fue el proyecto **"CEIP Andalucía: una apuesta por la transformación"** presentado por el CEIP Andalucía de Sevilla. Además se otorgaron tres menciones especiales a los proyectos **"La composición de una ópera escolar como recurso motivador de la creatividad, el**

aprendizaje cooperativo y el desarrollo integral de nuestros alumnos" del CEIP General Izquierdo de San Martín de la Vega (Madrid), **"Yo soy, tú eres... nosotros somos. Proyecto para la prevención de la violencia de género y la igualdad de oportunidades entre ambos sexos"** del CP San Antonio de Portaceli de Sigüenza (Guadalajara) y **"Aprender es vivir. Un camino para buscar lo mejor de cada persona"** del CEIP La Ina de Jérez de la Frontera (Cádiz).

"CEIP Andalucía: una apuesta por la transformación", experiencia educativa ganadora del Premio a la Acción Magistral 2008.

"El bosque encantado" —presentado por el CP Antonio Muñoz y Gómez de Casar de Periedo (Cantabria)— fue el proyecto escolar ganador del Premio a la Acción Magistral 2007. Asimismo, el Jurado de la tercera edición del Premio concedió tres menciones especiales a los proyectos **"La hora solidaria"** del CEIP Los Llanos de Santa Lucía de Tirajana (Gran Canaria), **"¡Qué bien sentirse bien!"** del CP Pedro Penzol de Puerto de Vega (Asturias) y **"De la escuela rural a las escuelas del mundo"** del CRA Pimafad de Almoguera (Guadalajara).



El proyecto ganador en la edición 2007 fue "El bosque encantado".

Proyecto galardonado en 2006: "Viaje alrededor de los libros"

El Premio a la Acción Magistral 2006 fue otorgado al proyecto **"Viaje alrededor de los libros"** presentado por el CP Miralvalle de Plasencia (Cáceres). También se concedieron dos menciones especiales a los proyectos **"Aprender a producir bienes interculturales con los medios de comunicación (TIC)"**, del CEIP Inmaculada Concepción de Alhama de Almería (Almería) y **"La educación emocional en la escuela"** presentado por el colegio Mª Sanz de Sautuola de Santander. El Jurado decidió otorgar además dos reconocimientos a los proyectos **"¡Bicis para todos! Del paseo en silla de ruedas al paseo en bicicleta, triciclo, tandem... adaptados"** del CEE Apadis de Villena (Alicante) y **"La semana cultural del Andrés Manjón"** del CP Andrés Manjón de Ceuta.

El ganador de la convocatoria de 2005 fue el proyecto **"Coeducación"** presentado por el Centro de Educación Infantil y Primaria Severo Ochoa de San Javier (Murcia). El Jurado otorgó el Premio Especial a la Acción Magistral al profesorado de los Centros Rurales Agrupados (CRA) españoles y se concedieron dos menciones especiales a los proyectos **"Escuela de Convivencia"** presentado por el CEIP Rosa Chacel de Collado Villalba (Madrid) y "**Educación para la convivencia y la paz"** del CEP Zamakola de Bilbao.

El Premio está dotado con 9.000 euros para el profesor o profesores autores del proyecto y otros 9.000 euros para el centro escolar en que se haya desarrollado la iniciativa.

En el CD adjunto se puede encontrar una amplia información sobre los proyectos ganadores y finalistas en cada una de las convocatorias del Premio a la Acción Magistral.